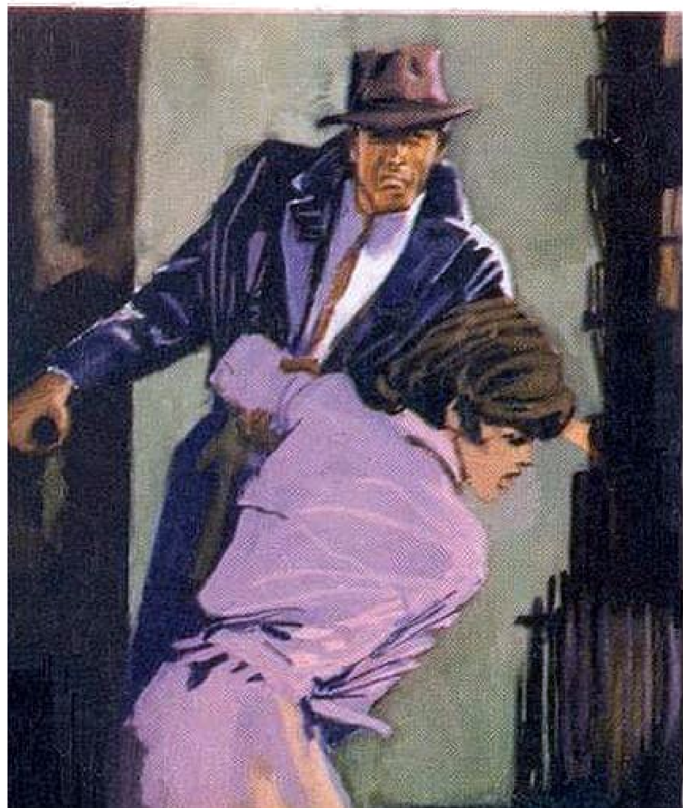


UN CICLON LLAMADO ANA



KEITH LUGER



Por fin, había llegado el día en que iba a comenzar mis vacaciones.

Nevaba en Nueva York, pero yo no iba a pasar mis vacaciones en Nueva York, sino en la playa de Waikiki, en Hawaii, dorándome al sol, viendo hermosas muchachas en bikini, bebiendo martinis con ellas, bailando, mirándonos a los ojos…

Eso de que me fuese a Waikiki le había sentado muy mal a Lucy, mi secretaria.

Me estaba despidiendo de mi habitación con un trago de *whisky*, cuando la puerta se abrió y entró Lucy.

Como toda secretaria de un buen investigador privado, posee un físico sensacional, más o menos con las curvas de Sofía Loren, la cara de Julie Cristie y las piernas de Angie Dickinson. Me conformo con poco.

—¿Qué pasa, Lucy?



Keith Luger

Un ciclón llamado Ana

Bolsilibros - Servicio Secreto - 874

ePub r1.0
LDS 13.12.17

Título original: *Un ciclón llamado Ana*
Keith Luger, 1967
Cubierta: Desilo
Ilustración interior: Peña
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO




JONATHAN
TEMPLE
ANA
MARTIN
DOMINIQUE
GIRBAS

CAPÍTULO PRIMERO

Por fin, había llegado el día en que iba a comenzar mis vacaciones.

Nevaba en Nueva York, pero yo no iba a pasar mis vacaciones en Nueva York, sino en la playa de Waikiki, en Hawaii, dorándome al sol, viendo hermosas muchachas en bikini, bebiendo martinis con ellas, bailando, mirándonos a los ojos…

Eso de que me fuese a Waikiki le había sentado muy mal a Lucy, mi secretaria.

Me estaba despidiendo de mi habitación con un trago de *whisky*, cuando la puerta se abrió y entró Lucy.

Como toda secretaria de un buen investigador privado, posee un físico sensacional, más o menos con las curvas de Sofía Loren, la cara de Julie Cristie y las piernas de Angie Dickinson. Me conformo con poco.

—¿Qué pasa, Lucy?

—Acaba de llegar un cliente.

—Dúchalo.

—Ya está.

—¿Duchado?

—Se mojó un poco porque está nevando. Ya sabes, se arrimó al radiador y se ha ido descongelando.

—Oye, pequeña, yo me largo a Waikiki.

—Dice que es cuestión de vida o muerte.

—¡No digas!

Lucy sonrió astutamente, porque ya lo había dicho. Cuestión de vida o muerte.

Lucy sonrió astutamente, porque ya lo había dicho. He trabajado mucho últimamente y tengo derecho a pasar el rato con…

—… Con chicas inocentes que creen en tu palabra.

Tal como se estaba poniendo la cosa, preferí recibir al cliente.

—¡Que pase!

Ella levantó la barbilla y dijo:

—Si quieres, le puedo decir que vuelva después de tus vacaciones.

—Escucharé lo que tenga que decir ahora. Recuerda que yo, soy el jefe.

—Sí, gran señor —repuso ella con retintín.

Sus caderas se balancearon, y no sé dónde diablos había aprendido a balancearlas de aquella forma.

Al encontrarme a solas, me di a todos los diablos. ¿Qué poder tenía sobre mí Lucy para hacerme cambiar los planes? Ah, no, de ninguna manera. Aún no se había salido con la suya.

Llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —grité, y esperé que apareciese un «poli» para multarme por haber derribado el Empire State con mi voz.

Se abrió la puerta y entró el cliente.

Era un hombrecillo de unos cincuenta años, de cabello canoso, con ojillos azules y cejas muy espesas. Se cubría con un abrigo que debía haber sido comprado durante la II Guerra Mundial.

—Soy Owen Malsom.

—Encantado de conocerle, señor Malsom. ¿Quiere sentarse?

Miró el sillón de cuero, el reservado a los clientes, y luego se miró el abrigo, que, tal como había anunciado Lucy, estaba húmedo.

—No se preocupe, señor Malsom. Pago una mujer de limpieza.

Me sonrió débilmente y se sentó en el borde del sillón, como si temiese estropearlo.

—¿Quién le ha amenazado de muerte, señor Malsom?

—No se trata de mí.

—¿No? ¿De quién?

—De Ana.

—¿Quién es Ana?

—Una de las colegialas. Me estaba haciendo un lío.

—¿Por qué no empieza por el principio, señor Malsom?

—Soy conserje de un colegio, señor Temple. Se trata de un colegio femenino. Las colegialas son chicas de familias distinguidas.

Creí oportuno hacer un chiste.

—Señor Malsom, cuando se jubile, acuérdese de mí.

—Señor Temple, el asunto es muy serio.

—Oh, perdone… —Hice una pausa—. ¿Quiere un *whisky*?

—No, gracias. No bebo.

—Volvamos a Ana. ¿Qué pasa con ella?

—Es una muchacha de diecisiete años.

—Una hermosa edad.

—Una criatura preciosa; quiero decir que tiene una cara muy bella. Se gradúa este año. No tiene padres, ¿sabe? Murieron en un accidente. Al principio vivió con una tía suya, una hermana de su madre.

—Perdón, ¿cómo se llama ese colegio?

—Colegio Strassman, y su director es Ray Strassman.

—Adelante, señor Malsom.

—Verá, Ana está decidida a fugarse del colegio. Miré el techo. Era la historia de siempre.

—¿Quién es él? —pregunté.

—¿El?

—Ya sabe, el muchacho con el que Ana se va a fugar.

—Oh, no, no es eso.

—Entiendo. Ana encuentra insoportables a los profesores. Cree que la han tomado con ella y ha decidido largarse en busca de aventuras.

—No, señor. Tampoco es ése el motivo. Me di por vencido.

—Está bien, señor Malsom. Dígame la razón por la que Ana quiere abandonar el colegio.

—Se lo diré, señor Temple —hizo una pausa, y alegó—: Ana quiere impedir a toda costa que se cometa un asesinato.

—¡Vaya! —Sonreí—. Ana nos salió una competidora, ¿eh? A juicio de ella, no basta con la policía y con los detectives privados…

—Es una chica muy impulsiva.

—Sí, desde luego… ¿Y a quién van a asesinar? Bueno, no sé por qué lo pregunto. Debe ser su tía.

—No, no es su tía, señor Temple. Ana quiere impedir a toda costa que asesinen a De Gaulle…

Creí no haber oído bien.

—¿A qué De Gaulle se refiere?

CAPÍTULO II

—Yo sólo conozco un De Gaulle, el presidente francés.

Cerré los ojos y permanecí así un rato. Prometí agarrar a Lucy por el cuello y apretárselo un rato, como seis o siete minutos.

De pronto, algo cruzó por mi mente.

—Señor Malsom, ¿cuánto le pagó ella?

—Ana no me pagó absolutamente nada. He venido aquí por propia decisión.

—No me refería a Ana, sino a esa chica de ahí fuera…

Malsom siguió la dirección de mi dedo, que estaba apuntando a la puerta tras la que se encontraba mi secretaria. Luego me miró con los ojos agrandados.

—¡Señor Temple…!

Rodeé la mesa con rapidez, plantándome delante de mi visitante.

El señor Malsom dio un salto y por fin se sentó en el sillón como debía estar.

—¿Le pasa algo, señor Temple? —preguntó con voz temblorosa.

—Usted y Lucy se han puesto de acuerdo… Tenía que representar aquí un papel. Y yo sé el motivo. ¡Porque ella no quiere que me vaya a la playa de Waikiki!

Malsom me miraba con los labios entreabiertos, como si mirase a un loco.

—Tranquilícese, señor Temple.

—No, no me voy a tranquilizar hasta que haya tomado justicia por mi mano.

—Señor Temple, quiero decirle algo muy importante.

—¿Va a confesar…?

—Sí, señor —contestó Malsom, todavía asustado.

Crucé los brazos como lo debió hacer Napoleón después de la batalla de Austerlizt, y también, como él, sonreí victorioso.

—Empiece, señor Malsom.

—Señor Temple, yo no había visto en mi vida a su secretaria antes de que entrase hace unos minutos en su oficina.

—¿Qué?

—La vi por primera vez ahí fuera… Yo sólo vine aquí para que tratase de resolver el problema de Ana, y estoy dispuesto a pagarle, señor Temple… Un periodista amigo mío, que es también amigo de usted, Frank Cole, me habló de usted… Frank se refirió a que usted era un gran investigador privado… Y también tengo que aclararle algo, señor Temple. Ana ignora que yo he dado este paso…

El hombrecillo había dicho aquello de una sola sentada, encogido en el sillón, atemorizado.

—¿Cuándo salió del sanatorio, señor Malsom? —pregunté.

—¿Del sanatorio? ¿Qué sanatorio?

—Del de enfermos mentales.

—Oh, no, señor Temple. Yo no estoy loco.

—Eso quiere decir que la chiflada es ella, ¿eh?

—Señor Temple, Ana es una muchacha completamente normal. Se lo puedo asegurar.

—¿Cómo se ha enterado usted de que van a asesinar al general De Gaulle?

—Porque me lo dijo Ana.

—¿Y a Ana quién se lo dijo?

—Nadie. Quiero decir que…

—Que lo soñó.

—Oh, no… Lo que pasa es que Ana escuchó una conversación.

—Entiendo. El director del colegio, el señor Strassman, encuentra muy antipático al general, y ha decidido cargárselo, y Ana estaba detrás de la puerta y oyó una conversación a ese respecto.

—No, señor Temple. No ocurrió así —protestó el hombrecillo.

—¿Cómo fue, entonces?

—Ana entró en el despacho en ausencia del director y descolgó el teléfono. Iba a llamar a un amigo. Está prohibido, ¿sabe? Yo estaba a la puerta y la dejé entrar. Y entonces fue cuando lo escuchó todo.

—¿Qué escuchó?

—Había una interferencia, señor Temple, y al descolgar el teléfono, Ana oyó una conversación… Un hombre hablaba con otro y decía que estaba todo preparado, y que el día 6 de diciembre, el general De Gaulle sería muerto y que dejaría de ser un obstáculo para Occidente.

—Sería un concurso.

—¿Eh?

—Ya sabe. Alguien estaba haciendo un crucigrama y consultaba a un amigo.

—Oh, no, señor Temple. Las palabras de Ana fueron muy consecuentes.

—¿Quiere decir que ella le repitió lo que había oído?

—Sí, desde luego.

—¿Qué palabras fueron ésas?

—Uno de los hombres dijo: «El general De Gaulle morirá el 6 de diciembre», y el otro le contestó: «Será un respiro para Occidente».

—¿Qué más?

—Sólo eso.

Me aparté de Malsom.

Tal como estaba la situación, necesitaba un buen trago de *whisky*, y me lo serví.

—¿Se va a encargar del caso, señor Temple? —me recordó Malsom.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Señor Malsom, existe un procedimiento para investigar esa clase de atentados.

—¿Se refiere al

F. B. I.?

—Es posible.

—No sirvió de nada.

Me volví hacia él con las cejas enarcadas.

—¿Quiere decir que avisaron al

F. B. I.?

?

—Sí.

—¿Usted?

—No, Ana.

—¿Y qué pasó?

—No le hicieron caso… Quiero decir que Ana quiso hablar con el propio señor Hoover, pero no la dejaron.

—¿Y con quién habló?

—Con un secretario del señor Hoover. —Malsom sacó un papel del bolsillo y, tras consultarlo, dijo—: Con Clark Cushman.

—¿Qué dijo el señor Cushman?

—Se rió.

Yo también.

—¿Lo ve, señor Malsom? Hasta el
F. B. I.?
lo toma como un chiste.

—No se puede imaginar cómo se puso Ana. Le sentó muy mal. Dijo que si una ciudadana que paga impuestos no tiene derecho a ser oída por la policía, algo marcha mal.

—Oh, sí, desde luego. Algo marcha mal —yo me estaba refiriendo a la linda cabecita de Ana.

—Señor Temple, quiero que impida que Ana haga lo que va a hacer. Quiere ir personalmente a París para hablar con el general De Gaulle. Ella dice que sólo de esa forma evitará su muerte.

—¿Tiene usted hijos, señor Malsom?

—No tuve esa suerte. Me casé, pero enviudé a los dos años… Yo quería mucho a Sheila, mi esposa. Habíamos pensado tener hasta media docena de hijos. Después de la muerte de Sheila, la vida no tenía ningún valor para mí, hasta que un día vi en un parque jugar a unos muchachos. Entonces se me ocurrió una idea. Me ofrecí en varios colegios hasta que encontré el del señor Strassman y me admitió. Llevo seis años con el señor Strassman.

—¿Habló con el señor Strassman del asunto?

—De ninguna manera.

—¿Por qué no?

—Verá, el señor Strassman es un poco extraño.

—¿Qué quiere decir?

—Tiene muy mal genio… Yo diría que está resentido contra el mundo… Quería ser novelista, pero los editores han rechazado sus manuscritos. Nadie tiene la culpa de eso, pero usted ya sabe cómo son algunas personas. Culpan a las demás de sus fracasos,

especialmente a las que están más cerca.

—En resumen, que el señor Strassman no sabe nada de lo del atentado.

—Así es.

—Entonces, lo que usted pretende es que yo impida que Ana vaya a París.

—Y que salve al general De Gaulle.

—Oh, sí, claro. Debo impedir que al presidente francés lo metan en un ataúd…

—Lo ha comprendido muy bien, señor Temple.

—Mi respuesta es no.

Owen Malsom se levantó del sillón.

—Usted no puede hacemos eso a Ana y a mí.

—Señor Malsom, me disponía a disfrutar de mis vacaciones. He trabajado mucho últimamente. Yo también necesito un descanso.

—Le llevará poco tiempo solucionar nuestro caso.

—¿Usted cree?

—Usted es un hombre inteligente, señor Temple, y también es muy rápido, según dijo Frank.

Soy rápido, sobre todo con las mujeres, pero no se lo dije.

—Malsom, iré con usted al colegio Strassman y hablaré con Ana.

—Gracias, señor Temple —repuso, sonriendo con felicidad.

—Pero no me comprometeré a aceptar su caso hasta después de mi entrevista con la muchacha.

Salimos de mi despacho.

Lucy estaba arreglando el maquillaje de los labios ante el espejito.

Se interrumpió y sonrió a Malsom para despedirse. Yo me detuve al lado y le dije por la comisura de los labios:

—Arpía.

CAPÍTULO III

Viajamos en mi coche.

—Señor Malsom, se me ocurre hacerle unas preguntas.

—Diga.

—¿Qué pasará cuando me vea el señor Strassman?

—Tomé precauciones. Usted no verá al señor Strassman.

—¿Quizá descuartizó a Strassman y metió los trozos en un baúl? Soltó una carcajada.

—Oh, no. Yo no haría una cosa como ésa… El señor Strassman se encuentra ausente del colegio a estas horas. Se marcha a las diez de la mañana y no regresa hasta las doce.

Consulté mi reloj. Eran las once y diez.

—Así que todo lo preparó, ¿eh, señor Malsom?

—Supuse que querría hablar con Ana.

—Imagino que Ana le ha hecho su confidente con respecto a sus deseos de ir personalmente a Francia.

—Sí, me lo cuenta todo. ¡Menos mal que no le prometí que me callaría! Quiero decir que habría faltado a mi palabra por habérselo contado a usted.

El colegio estaba rodeado por un jardín, ahora todo nevado. De la parte trasera llegaban gritos y risas femeninos.

Nos abrió la puerta una mujer alta, muy seca.

—Señor Malsom, lo estuve buscando.

—¿Qué pasa, señorita Popkin?

—Se estropeó la calefacción de la sala 3 C.

—Lo arreglaré enseguida.

La señorita Popkin me miró con la misma atención que dedicaría a una mariposa disecada.

—Es mi primo, señorita Popkin —dijo Malsom—. Está de paso

por la ciudad… Le encontré y le pedí que me acompañase.

—Encantado, señorita Popkin —dije. Ella soltó un gruñido intraducible.

Dejamos atrás a la señorita Popkin y subimos por una escalera hasta el tercer piso.

Owen Malsom tenía sus habitaciones al final del corredor.

—¿Quiere esperar aquí? —dijo cuándo entrarnos—. Voy por Ana.

—De acuerdo.

Pasaron diez minutos, y Malsom regresó acompañado de una joven con una cara preciosa, ojos brillantes, de un maravilloso color verdoso. Se cubría con una falda gris y un suéter blanco, que contorneaba su espléndido busto.

Ella me sonrió mientras alargaba la mano.

—Me alegro mucho de que al fin el
F. B. I.?
me haya dado crédito. Miré a Malsom y me guiñó un ojo.

—Ana —dije con voz protocolaria—, el señor Malsom me ha contado algo de la conversación que sorprendiste en el despacho del director, cuando atrapaste aquel teléfono, pero yo quisiera que lo repitieses.

Sacudió la cabeza en sentido afirmativo y, a continuación, dijo las mismas palabras que yo había oído por boca de Owen Malsom.

—¿Algo más? —inquirí.

—No. En seguida se cortó la comunicación.

Me pellizqué en una mejilla y di unos pasos por la estancia, como lo debería hacer un auténtico muchacho de la
F. B. I.?
.

Al fin me detuve de nuevo ante la joven.

—Ana, nos vamos a ocupar del caso.

—¿De veras?

—Seguro.

—¿Y qué van a hacer, señor Temple?

—Naturalmente, vamos a impedir que maten al general De Gaulle.

—Estupendo.

—Y hasta posible que te den una medalla.

—No quiero ninguna medalla. Al fin y al cabo, lo mío no tiene importancia. Cumplí con mi obligación.

Naturalmente, yo no pensaba hacer nada. ¿No había consultado Ana ya con los verdaderos chicos del
F. B. I.?
, y aquel secretario de Hoover, Clark Cushman, le contestó que era un buen chiste? Saldría de allí en unos minutos, pero en el camino del aeropuerto haría una parada en mi oficina. Quería hablar con cierta joven llamada Lucy, y apretarle las clavijas por haberme hecho perder miserablemente el tiempo.

—Está bien, Ana. Puedes estar tranquila.

—¿Me tendrán al corriente?

—¿Cómo?

—Ya sabe. Me gustaría saber cómo acaba todo. Imagino que detendrán a los culpables.

—Tenemos un buen fichero y nuestros cerebros electrónicos se pondrán a trabajar activamente en el caso. Son magníficos; el último grito en la cibernética. Por un lado metemos los sospechosos y por otro lado nos escupe al culpable.

Entre los ojos de la joven apareció un fruncimiento.

—Caramba, llegará momento en que ustedes estarán de sobra.

—Es lo que nos tememos —asentí.

—No se preocupe. El hombre siempre será necesario.

—Sí, desde luego —repuse, admirando su belleza—. Siempre habrá que contar con el hombre.

En aquel momento, la puerta se abrió de golpe y un perro entró ladrando.

Bien mirado, resultó que no era un perro, y sus ladridos eran colecciones de palabras que, juntas, formaban frases.

—Señor Malsom —fue lo que logré entender—. ¿Qué diablos significa esto?

¿Aprovecha mi ausencia para que una de sus alumnas se vea con un hombre en esta habitación…? ¡Nuestro código de la moral es muy estricto, señor Malsom, y le aseguro que voy a hacer caer sobre su cabeza todo su peso!

El señor Malsom se estaba poniendo rojo como un tomate.

—Señor Strassman. No le consiento… —Logró decir.

—Usted me va a consentir muchas cosas, señor Malsom y una de

ellas es que lo ponga de patitas en la calle. ¡Soy el responsable de mis alumnas! ¡Y cualquier acto de inmoralidad…!

Le puse una mano en el hombro y casi lo derribé.

—Señor Strassman —dije, y puse mi cara frente a la suya—. ¡Una palabra más y lo dejo sin dientes!

Ahora, el que se puso rojo fue el señor Strassman, pero no tardó en pasar al morado.

—¿Qué dice…? ¿Qué hace…?

—Tiene un cerebro demasiado tortuoso para dirigir un colegio de señoritas, señor Strassman.

Ana intervino pegando una patadita en el suelo:

—Señor Strassman, este caballero no tiene nada que ver conmigo… Es un alto funcionario del

F. B. I.?

… Y él se va a ocupar de que no maten al general De Gaulle.

—¿De qué habla, señorita Martin? —tartamudeó el perruno Strassman.

—De la conversación que escuché en su teléfono… Dos hombres estaban hablando…

Uno de ellos aseguró que iban a matar al presidente francés.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace unos días.

—No comprendo una palabra.

—Telefoneé al

F. B. I.?

para advertirles del atentado, señor Strassman. No me hicieron caso al principio, pero ahora recapacitaron y me enviaron a uno de sus representantes.

El señor Strassman entornó los ojos.

—¿Cuál es su nombre?

—Jonathan Temple.

—¿Quiere enseñarme su credencial?

—¿Qué le pasa, señor Strassman?

—Necesito saber quién es la persona que entra en mi colegio.

—Ya se lo ha dicho la señorita. Vine a ocuparme de esa conversación telefónica.

—Insisto en que me muestre su credencial.

Hay días muy malos y, al parecer, yo estaba en uno de ellos. Sin

embargo, tan sólo unas horas antes, cuando desperté, sonreí feliz porque aquél era el día en que yo debía empezar mis vacaciones. Un poco más y las iniciaría metido en una reja. Los del
F. B. I.?
son muy quejicas cuando alguien trata de suplantar la personalidad de uno de sus bravos chicos.

—Está bien, señor Strassman —dije—. Ya me voy.

—No, usted no se irá sin mostrarme su credencial.

—Le he dicho que terminé mi investigación —repuse, dispuesto a todo, incluso a romperle las narices.

Owen Malsom intervino:

—Señor Strassman, yo soy el culpable.

—¿Qué quiere decir, Malsom? —Gruñó el fracasado novelista.

—Jonathan Temple no es mi primo.

—Ya lo suponía.

—Tampoco es funcionario del
F. B. I.?
.

—Empecé a sospecharlo hace un momento. Ana Martin me miró con los ojos agrandados.

—¿No es usted del
F. B. I.?
?

—No, querida.

—¿Qué es usted, entonces?

—Un ingenuo.

Strassman soltó otro de sus ladridos.

—Silencio. Soy yo el director de este colegio.

Aquel tipo me estaba exasperando. Lo atrapé por el cuello de la camisa y tiré de él, levantándolo un palmo del suelo.

—Strassman, deje de chillar. Aquí no hay ningún sordo.

—¿Qué es lo que hace? ¡Suélteme ahora mismo o aviso al
F. B. I.?
!

—Y duro con eso.

—Quise decir a la policía... ¡Está usted violando las reglas de este colegio!

—Yo no violo nada. Vine aquí para convencer a esta muchacha,

a Ana Martin, de que lo que oyó no tiene la menor importancia…

Alguien me soltó una patada en la espinilla. Dejé libre a Strassman y salté a la pata coja.

Era Ana quien me había cazado la pierna. Sus; ojos despedían chispas de fuego, mientras me apuntaba con el dedo.

—¡Usted es un falsario! De modo que quiso convencerme de que iba a tratar de impedir que matasen al general De Gaulle… ¡Condenado embustero! Me tomó por loca.

¿Es eso?

Strassman intervino:

—Señorita Martin, le ordeno que guarde silencio. Ana fue a seguir protestando, pero cerró la boca haciendo chocar sus menudos dientes.

Strassman respiró jadeante, como si hubiese subido a un séptimo piso sin ascensor.

—Señor Temple, estoy dispuesto a olvidar toda esto. Quiero decir que no tomaré represalias contra el señor Malsom.

—Muy amable por su parte.

—Lo único que pretendo es que no trascienda, que no se haga público… Durante quince años este colegio ha desarrollado su labor docente sin la menor mancha.

—Enhorabuena.

—Lo que quiero decirle, señor Temple, es que su intromisión aquí es inaudita. Pero lo olvidaré todo, si se marcha usted ahora mismo.

Yo quería marcharme, pero, de buena gana, antes le hubiese arrancado una oreja. El señor Strassman era robusto, ancho de hombros, pero yo le llevaba más de un palmo de estatura. Poseía cabello negro, con grandes entradas, nariz un poco aguileña y boca pequeña, de labios muy finos.

—Trato hecho, señor Strassman. Me voy. Ana pegó otra patadita en el suelo.

—¿Es que nadie me va a creer?

—Pequeña, tienes mucha imaginación —le dije—. Ni siquiera sabemos si es verdad lo que escuchaste.

Se dispuso a pegarme otra patada, pero esta vez logré burlarla.

—Piensa que es una invención mía, ¿verdad? Confiéselo.

—Muy bien… Lo pienso.

—¿Por qué?

—Porque es mi derecho.

—¿Sabe lo que es usted, señor Temple?

—Prefiero no oír tu opinión sobre mí.

—Pues tendrá que taparse los oídos, porque lo voy a decir.

Pero ella no me dio tiempo a que me tapase los oídos, porque lo soltó muy aprisa.

—Es usted un investigador privado de tres al cuarto, un incompetente, un irresponsable y un…

—¡Silencio! ¡Silencio! —gritaba Strassman.

Estaba casi encima de mí, de modo que le solté un empellón y lo envié rodando sobre la cama de Owen Malsom.

—Hasta la vista, señor Malsom —me despedí.

Luego salí de aquella jaula de locos, donde todo eran gritos. La tiesa señorita Popkin estaba en el corredor.

Le solté un gruñido al pasar y ella lanzó un grito, retrocediendo hacia la pared.

Poco después estaba fuera de aquel colegio, respirando el aire frío del invierno de Nueva York.

¡Al diablo con Ana Martin y sus imaginativas historias acerca de atentados políticos!

Esta vez me iba a Waikiki.

CAPÍTULO IV

Me estaba desahogando con Lucy. Se lo había contado todo. Me exasperó verla reír.

—Lo encuentras divertido, ¿eh?

—Sí, mucho. Tú, Jonathan Temple, el abominable hombre de las nieves, en un colegio de señoritas. No debieron dejarte pasar.

—Sabes decir cosas muy halagadoras de tu jefe. Pero ¿sabes lo que te digo? Que voy a ser el abominable hombre de Hawaii. Sí, se acabó la nieve. Te la regalo.

Entré victoriosamente en mi despacho y abrí el armario empotrado. Allí estaba mi valija, donde la había dejado al llegar aquella mañana.

Lucy me había seguido y estaba en el hueco con los brazos cruzados. Ya había dejado de reír.

—Nena, no te eches a llorar —la mortifiqué—. No me gustan las despedidas tristes. Pero no te preocupes. Me voy a acordar mucho de ti. De vez en cuando, te mandaré una postal.

—Procura que sea de paisaje.

—Oh, sí, hay cosas que no se pueden fotografiar.

—Claro, tú serías capaz de dejarte fotografiar en un campo de nudistas. En aquel momento sonó el teléfono.

—No te molestes en cogerlo —dije—. Ya me voy.

—Podría ser el

F. B. I.?

.

—Tus bromas no me hacen mella —la desafié.

—Seguro que están buscando a cierto individuo que se hizo pasar por uno de los suyos.

Caminé hacia la puerta mientras ella descolgaba el receptor.

—¿Frank…? —Oí que decía—. Oh, sí, Jonathan está aquí. Pero me temo que no quiere oír a nadie. Ni siquiera a un amigo como tú. Terminó con todo el mundo. El buen jefe se va a las islas Hawaii para tenderse en la buena playa de Waikiki en una buena hamaca. —Cubrió el micro con la mano—. Es tu amigo Frank Cole. Dice que necesita hablar contigo inmediatamente.

—Oh, sí, cuestión de vida o muerte, como lo del señor Malsom.

—Se supone que soy una eficiente secretaria y que debo transmitir con fidelidad los mensajes a mi gran señor.

—Dile que espere un par de semanas.

—Muy bien. —Volvió a hablar por el micro—. Frank, no quiere oírte… Lo siento, pero yo no puedo hacer nada…

Caminé rápidamente hacia ella.

—Dame eso.

Le quité el receptor de la mano.

—¿Qué pasa, Frank?

—Cálmate, Jonathan…, Esto es importante… Se trata de lo del general Be Gaulle.

—¿Qué?

—El presidente francés se llama De Gaulle. ¿No lo sabías?

—¿Cuántas condenadas copas has bebido, Frank?

—Sólo dos.

—Servidas en jarra, ¿eh? Frank Cole se echó a reír.

—Eres un tipo ingenioso, Jonathan, y por eso te quiero tanto.

—Al grano, Frank… ¿Qué broma es esa del general De Gaulle?

—Yo también creía que era una broma, pero ahora resulta que es la cosa más seria que he oído en mi vida.

—Un momento. ¿Quién te habló de eso?

—La misma persona que te habló a ti.

—¿Owe Malsom?

—Sí.

—Y te pusiste a investigar por tu cuenta, ¿eh, Frank?

—Pensé que valía la pena.

—Pues te equivocas. No valía la pena. Conocí a Ana y me pareció una fabulista de primera categoría.

—No, muchacho.

—Entiendo. Tú también hablaste y te convenció.

—No, no hablé con ella. Tuve una idea y la puse en práctica.

—¿A qué te refieres?

—Ya te lo contaré. Pero resultó buena.

—¿Qué quieres decir, Frank?

—Que es cierto. Existe una confabulación contra el general De Gaulle.

—Oye, estás mucho peor de lo que yo creía.

Soy un tipo escéptico, y tenía mis motivos para dudar de Frank Cole. Hacía poco que Frank se había sometido voluntariamente a un tratamiento antialcohólico, pero había vuelto a las andadas.

—Jonathan, ¿puedes venir?

—Frank, mi avión sale dentro de una hora.

—Olvídate de eso.

—¿Olvidarme de Waikiki, y de las chicas en bikini? Me pides demasiado, Frank. Me están esperando allí por lo menos una docena.

—Es necesario que me eches una mano, Mohamed. El asunto está muy complicado.

Pero tú y yo juntos lograremos vencer al ogro.

—¿Qué te parece si me escribes una carta y me la mandas al hotel Continental de Honolulú?

—Jonathan, tengo la impresión de que si me dejas solo, leerás otra cosa con respecto a tu amigo Frank: su esquela mortuoria.

—Frank, no estoy para chistes macabros.

—Yo tampoco. Estoy diciendo la verdad, Jonathan.

—¿Dónde estás, Frank?

—En mi apartamento. Pero será mejor que vengas aprisa.

—De acuerdo. Iré por ahí enseguida.

Oí que colgaba a la otra parte y lo hice yo a continuación. Lucy reía otra vez.

—Vaya, parece que te pescaron —dijo.

—Y tú lo sientes mucho.

Se ahuecó el cabello mientras se alejaba hacia su cueva.

—Por mí, te puedes ir a las islas Hawaii y arrojarte al Krakatoa, y ojalá esté haciendo erupción.

—Me llorarías mucho, querida.

—Que te crees tú eso.

Eché a andar rápidamente hacia la salida. Estaba lleno de ira.

—Jefe.

—¿Qué pasa ahora?

—Llevas la maleta en la mano.

La dejé caer en el suelo, y salí de allí todo lo deprisa que pude.

Pillé un atasco en el tráfico. ¿No lo dije antes? Estaba en mi día bueno.

En resumen, invertí cerca de media hora en llegar al apartamento de Frank Cole. Oprimí el timbre y esperé.

Nadie me abrió la puerta.

Puse la mano en el tirador y lo hice girar.

La puerta obedeció a mi impulso y pasé al interior.

—¡Frank! —dije.

El *living* estaba desierto.

En una mesa había un vaso que contenía tres dedos de *whisky*. Una punía de cigarrillo se consumía en el cenicero.

—Frank, ¿te estás bañando?

La puerta del dormitorio estaba entreabierta. La empujé con el pie mientras era preso de un extraño presentimiento.

Allí estaba. Tendido en el suelo, boca abajo. Corrí a su lado, y le di la vuelta.

—¡Frank!

Mi mano tocó algo húmedo. Sangre.

Los ojos de Frank estaban entreabiertos, pero ya no tenían vida. Le habían metido una bala justo en el corazón.

Sentí los latidos del pulso en mis sienes.

Saqué un cigarrillo y le pegué fuego. Necesitaba fumar.

Miré a mi alrededor por ver algún detalle, alguna cosa que me indicase la misteriosa muerte de Frank. Pero ¿qué estupidez estaba pensando? ¿Iba a morir por aquello del general De Gaulle? ¿Y qué otra cosa podía ser? ¿No era ése el motivo de ir allí? ¿No me había llamado para decirme que había encontrado una pista?

Le registré los bolsillos en busca de un libro de notas, pero no tenía ninguno. Hurgué en su cartera, pero sólo encontré dinero y algunas cosas usuales. Nada que sirviese.

Entonces noté que la mano derecha de Frank Cole estaba cerrada. Tomé aquel puño y abrí los dedos poco a poco. Entonces vi en la palma un trozo de papel.

CAPÍTULO V

Tomé el papel. Estaba doblado en dos mitades, y lo abrí. Había escrito en él una palabra: «Claremont».

Sólo eso.

¿Qué era Claremont? ¿El nombre de una persona? ¿El de un restaurante? ¿El de un hotel? Indudablemente, era un nombre francés. Sí, francés, como el general De Gaulle, de París.

Dirigí una mirada a mi amigo. Él había aceptado como verdadera la historia de Ana, y había investigado por su cuenta, y eso le costó la vida; pero alguien lo iba a pagar. Lo juré desde lo más profundo de mi corazón.

Había un bar cerca, del que Frank era cliente. Su dueño respondía al nombre de Jim Dapple, y era un ex boxeador.

—Hola, Jim —le saludé al llegar. Jim me sonrió.

—¿Vio el último combate de Cassius Clay, señor Temple?

—Sí.

—Ya se lo dije. Es un fenómeno. Hoy no tiene rival. Es el Joe Louis de nuestra época.

—Estoy de acuerdo contigo, Jim… ¿Viste a Frank hoy?

—Sí, hace un rato.

—¿Cómo cuánto?

—Una hora, poco más o menos… Se llegó aquí para beber un *whisky*.

—¿Quién le acompañaba esta vez? ¿Una pelirroja?

—No, vino solo. Le estuve hablando un rato de Cassius Clay, pero parecía no oírme.

Estaba como distraído.

—¿Te dijo alguna cosa?

—Nada.

—¿Tampoco te habló de mí?

—No, señor Temple. ¿Tenía que hablarme?

No quería decirle a Jim Dapple que había encontrado muerto a Frank. Los policías no sienten simpatía por los descubridores de cadáveres, especialmente por un tipo llamado Jonathan Temple, un investigador privado, a quien se la tienen jurada algunos miembros de su cuerpo.

Tomé mi vaso de *whisky* y lo bebí de un solo trago. Jim estaba otra vez delante de mí secando vasos.

—Quizá esté en su casa, señor Temple.

—¿Eh?

—Me refiero al señor Cole, aunque ahora que recuerdo, quizá se fue con la rubia.

—¿Qué rabia?

—Había una rubia que lo miraba mucho. Sentí un gran interés por la rubia.

—Habla de ella. ¿Estaba aquí cuando Frank llegó? Jim se quedó pensativo.

—No, creo que no —titubeó unos instantes—. Seguro que no. Él estaba ahí, en el mismo lugar que usted está ahora, cuando vi a la rubia cerca de la puerta. Ella miró a Frank Cole y luego se dirigió a la cabina telefónica.

—¿A la cabina?

—Sí, hizo una llamada.

—¿Y luego?

—Vi que Frank la miraba. Entonces, él se fue a la calle.

—¿Y qué hizo la rubia?

—Siguió en la cabina como un par de minutos, y luego se largó sin tomar nada. Eso fue todo. Ahora pensé que quizá ella y él ligaron en la calle.

—Descríbemela.

—Más o menos, veinticinco o veintiséis años, muy guapa, muy hermosa. Sí, señor, era muy atractiva. No le puedo decir más detalles. Usted ya sabe que yo no me fijo en esas otras cosas: color de los ojos, si tenía la nariz así o asá, que se fijan ustedes. Yo no soy investigador privado. Si veo una mujer hermosa, lo digo, y si es fea, también. Es así como veo a las mujeres.

—¿Te fijaste cómo iba vestida?

—Llevaba uno de esos abrigos caros, de Astrakán. Lo sé porque yo le regalé uno a mi Emma cuando le gané el combate al negrito de Chicago. ¿Recuerda?

Jim había dejado los vasos y el paño, y se puso en guardia, como si fuese a ventilar un combate.

—Un derechazo y dos de izquierda… Cae, negrito, cae.

Puse una moneda en el mostrador y me alejé hacia la calle, mientras seguía oyendo la voz de Jim Dapple:

—Un derechazo y dos de izquierda… Cae, negrito, cae… Prendí un cigarrillo ya en la calle.

Pasó una mujer por mi lado que dejó tras de sí una estela de perfume barato. No, no era rubia. ¿Dónde estaba ella con su abrigo de Astrakán? ¿Cuántas rubias habría en Nueva York con aquella clase de abrigo? ¿Lo habría matado ella, o habría llamado al asesino cuando entró en la cabina telefónica?

Entonces cobraron su importancia las palabras de Frank a través del cable. Frank había tenido una idea y la había puesto en práctica, y resultó buena. Sí, eso era lo que había dicho, y había agregado algo más importante: que existía una confabulación contra el general De Gaulle y que el asunto estaba muy complicado y que yo debería echarle una mano, y que juntos lograríamos vencer al ogro.

Pero el ogro lo había vencido a él, porque Frank estaba listo para que lo introdujesen en el hoyo.

Me había citado en su apartamento y me había pedido que me diese prisa. ¡Malditos fuesen todos los atascos del mundo! Pero ¿habría llegado a tiempo si hubiese tardado sólo quince minutos? Quizá no. Quizá lo mataron un minuto después de haber colgado.

Entré en mi oficina.

—Te han estado llamando, Jonathan —dijo Lucy.

—Manda al infierno a quien sea —dije, pasando de largo.

—Ha ocurrido algo muy importante, Jonathan. Fue lo que dijo el, señor Malsom, y rogó que te pusieses en comunicación con él.

¿Se habría enterado Malsom de la muerte de Frank? No, eso era imposible. Le pedí el número a Lucy, y entré en mi oficina.

Marqué en el dial y esperé.

En seguida me llegó un ladrido.

—Podría ponerse un bozal, señor Strassman —rezongué.

—¿Qué? ¿Cómo dice?

—Aquí Jonathan Temple.

—Señor Temple, le va a hablar Owen Malsom.

—Está bien.

Esperé unos segundos a que el teléfono cambiase de mano.

—Hable, señor Malsom —dijo.

—Señor Temple, Ana ha desaparecido…

—¿Cuándo ocurrió?

—Notamos su ausencia hace media hora… Tenía clase de música con la señorita Chandler, pero Ana se excusó diciendo que no se encontraba bien, y se retiró a su habitación. En ese momento estaba sola.

—¿Cómo se dieron cuenta ustedes?

—La señorita Chandler me lo anunció, pero se demoró un poco. Yo tenía que informar al señor Strassman para que él avisase al doctor. Me imaginé algo y decidí subir a la habitación de la señorita Martin. Llamé a la puerta y… Bueno, no recibí respuesta…

Yo tampoco había recibido respuesta cuando llamé al apartamento de Frank Cole.

—¿La vio alguien salir, Malsom?

—No, nadie. Pero eso es fácil, porque a estas horas están todas las chicas en clase.

—¿Qué es lo que se llevó consigo?

—Su maleta… Se dejó el uniforme; quiero decir que lleva ropa de calle, normal.

—¿Recuerda su vestimenta?

—Sólo su abrigo. Es gris, con una piel de zorro negro en el cuello.

—¿No cree que se haya podido enfadar y haya ido a casa de su tía?

—Me gustaría que acertase.

—A mí también, Malsom. Pero usted y yo pensamos lo mismo. Que esa chica ha decidido ir a Francia.

—Eso es lo que me temo, señor Temple… Un momento, el señor Strassman quiere hablar con usted.

El receptor volvió a cambiar de mano.

—Señor Temple…

—Eh, no soy sordo, señor Strassman —le grité a mi vez, por si tenía suerte y le rompía el tímpano.

—Perdone, pero es que estoy nervioso.

—Pues tranquilícese.

—¿No se da cuenta de cuál es mi responsabilidad en este asunto? Si a esa chica le llega a pasar algo malo…

—¿Qué le puede pasar, señor Strassman? ¿Nunca se fugó una chica de su colegio?

—Dos. ¿Cómo lo sabe?

—Me bastó con conocerlo, señor Strassman.

—Señor Temple, ¿por qué me dice cosas tan desagradables en estos momentos? Yo sólo quería rogarle que condujese su negocio con toda discreción.

—¿A qué negocio se refiere, señor Strassman?

—He imaginado que buscará a Ana Martin.

—¿Por cuenta de quién? ¿De usted, señor Strassman? ¿O lo hago por cuenta de Owen Malsom?

—No sé —dijo aturdido.

—Si es el señor Malsom, no tiene derecho a pedirme nada. Tragó saliva.

—Señor Temple, lo contrataré yo.

—Mis honorarios son caros.

—Siempre estoy dispuesto a hacer un sacrificio por una de mis alumnas.

—Me va a partir el corazón.

—¿Sabe dónde podrá encontrar a Ana?

—Consultaré en mi bola de cristal.

—No me gustan sus bromas en estos momentos tan graves.

—Señor Strassman, me pondré a trabajar enseguida.

—Póngase en contacto conmigo en cuanto encuentre a Ana.

—Así lo haré, señor Strassman.

—Si esta noche no está de nuevo en el colegio, me veré obligado a informar a su tía.

—Ya me hago cargo.

—Confío en usted, señor Temple.

—Gracias, señor Strassman —dije, y colgué. Dejé escapar un chorro de aire.

Lucy estaba al otro lado de la mesa, los brazos cruzados bajo sus insultantes senos.

—Sí, querida —dije—. Tú ganaste. Se acabaron; mis vacaciones.

Curioso, ¿verdad? Se acabaron cuando todavía no las empecé.

CAPÍTULO VI

Allí estaba yo en el aeropuerto de J.
F. Kennedy,
bebiendo un *whisky*, cuando mi confidente se acercó.

Un buen investigador privado debe tener mucha gente a la que echar mano para llevar adelante un caso: tipos que pululan en todos los sectores o capas sociales, en las altas y en las bajas esferas, que tengan acceso a los grandes hoteles o a los basureros.

Cada caso requiere un confidente en un determinado momento.

Vi acercarse a Duck Simpson, el fulano a quien había encargado investigase acerca de la muchacha impulsiva llamada Ana.

Duck Simpson había sido un buen *jockey* hasta que sintió la tentación del dinero fácil y se dejó comprar por un *gang* que trabajaba en los hipódromos. El asunto se investigó y Simpson fue descalificado para el resto de su vida. Ahora se ganaba el pan con lo que podía, como, por ejemplo, husmeando en beneficio de Jonathan Temple.

Duck es pequeño, la nariz ladeada a la izquierda, ojos vivaces.

—Hola, Jonathan. Necesito un trago. —Era su saludo de siempre.

Yo ya estaba haciendo chascar los dedos para que el mozo le sirviese un vaso.

—¿Dónde está la chica? —pregunté.

—No la vi.

—Entonces, ¿para qué diablos necesitas el trago?

—Acabo de ver a mi segunda mujer. Se volvió a casar, ¿sabes? Y su marido es un tipo barrigudo y feo como un demonio, pero ella iba muy feliz. ¿Y sabes el motivo? ¡El tipo está forrado de dinero!

—Duck, no vine aquí para escuchar tus problemas del siglo

pasado. Es muy importante que yo cace a Ana Martin.

—No la vi a ella, pero alguien preguntó por la muchacha.

—¿Quién?

—Una rubia.

—¿Una rubia con un abrigo de Astrakán? —pregunté, sintiendo que el corazón me daba un vuelco.

—Sí —contestó, mirándome con el ceño fruncido—. ¿Qué pasa con ella?

—¿Dónde diablos la dejaste?

—Hace como cinco minutos la vi entrar en una cabina. Cerré los ojos y los volví a abrir.

—Duck, no debiste apartarte de ella.

—¿Por qué?

—Porque puede ser una asesina.

—No te entiendo.

—¿Qué te pasa hoy, Duck? El encuentro con tu segunda mujer te llenó de telarañas el cerebro… Probablemente, esa rubia estaba llamando a un pistolero para que despache a Ana Martin.

—Eh, Jonathan, yo no puedo ser adivino.

—Lárgate a buscar esa rubia. —Consulté mi reloj—. Nos reuniremos dentro de unos quince minutos. Mueve las piernas aprisa.

Todavía no había bebido su *whisky* y lo echó en la boca de una sola vez. Luego dio media vuelta y se alejó por entre la gente.

Yo seguí él camino opuesto al de Duck Simpson.

Naturalmente, Duck había consultado con la compañía aérea y había pagado algunos dólares preguntando por Ana Martin, y el resultado había sido infructuoso. Pero yo sabía que Ana debía estar allí. ¿O me estaba equivocando y Ana partiría hacia Europa desde un aeropuerto distinto?

Oh, no, de ninguna manera. Había una prueba de que Ana estaba en el Kennedy: la rubia con el abrigo de Astrakán.

Al pensar en ella, se me erizó el pelo de la nuca, porque la rubia era sinónimo de muerte. La imaginé huesuda, con su manto negro y la guadaña en la mano.

De pronto descubrí a Ana, a pesar de que cubría sus ojos con gafas oscuras y llevaba subido el cuello de piel de zorro negro. Estaba junto a la pared y tenía una maleta a cuadros a sus pies.

Fue verdaderamente casual que la viese, gracias a que por un momento apartó de su cara el periódico que le servía para esconderse.

Llegué a su lado, me apoyé también en la pared y dije:

—El mundo es un pañuelo, ¿no te parece?

Ella me dirigió una mirada de soslayo y no se inmutó.

—Lárguese. Apesta.

—¿Cuál es tu vuelo, Ana?

—No se lo diré.

—Es cierto. No hace falta que me lo digas, porque tú no vas a ir a París.

—¿Quién lo ha dicho?

—Yo, Jonathan Temple.

Sonrió, enseñándome los menudos dientes como perlas.

—Sí, ¿eh? Por lo visto se cree el amo del mundo.

—Sólo de un pequeño trozo.

—Pues quédese en él y plante tomates.

Tomó la valija y fue a marcharse, pero la atrapé de un brazo.

—¿Me suelta o prefiere que llame a la policía?

—Soy un investigador privado y puedo custodiarte mejor que la policía.

—Olvídelo.

—Oye, Ana, tú tenías razón.

—Claro. Ahora me dice que tengo razón para llevarme de vuelta al colegio. ¿O ha decidido ingresarme en un hospital para enfermos mentales? Sí, debe ser eso. Yo estoy loca por creer que van a asesinar al presidente francés.

Fue entonces cuando me soltó la patada en la espinilla. Sin embargo, no la dejé libre.

La atraje hacia la pared, pero siguió forcejeando y me vencí sobre ella.

Ana lanzó un gritito y entonces oí un vozarrón, por detrás:

—¿Qué pasa aquí?

Ana exclamó enseguida:

—¡Este hombre se está propasando conmigo!

Volví la cabeza y me quedé con la boca abierta.

Delante de mí había un tipo que casi medía dos metros y que pesaría sus buenos cien kilos. Probablemente sería un jugador de

baloncesto.

—Vaya, abusando de la chiquilla, ¿eh? —Gruñó.

—Oiga, yo…

—No trate de colocarme un cuento. Lo vi con mis propios ojos.

—¿Por qué, para variar, no se mete donde le importa? Levantó un puño como melón.

—Le voy a ajustar las cuentas.

—No lo intente.

—Cree que puede enfrentarse conmigo, ¿eh? Ahora va a saber lo que es bueno. Me tiró el puño a la cara, yo salté y el puño chocó contra la pared.

Fue un golpe tremendo, y todo aquel pedazo de hombre se dobló en dos y se puso a lloriquear.

Entonces me di cuenta de que Ana ya no estaba conmigo.

La muchacha se había escabullido mientras discutía con el grandullón.

Otra vez sentí aquel escalofrío por la espalda pensando en que las cosas se estaban poniendo muy mal para Ana. Si la rubia había hecho una llamada telefónica a su asesino particular, él podría estar ya allí, y su próxima víctima sería Ana Martin.

Me moví rápidamente entre la gente, soltando empellones a derecha e izquierda, pidiendo disculpas, enviando a algunos al infierno, mascullando imprecaciones.

Sin embargo, recorrí toda la sala sin encontrar a Ana.

Casi me di de bruces con Duck Simpson. También él estaba sudoroso.

—Jonathan, la volví a perder.

—¿Te refieres a la rubia?

—¿A quién me podía referir?

—¿Cuándo la viste por última vez, Duck?

—Hace cosa de cinco minutos. Estaba con un tipo. Me temblaron las piernas.

—¿Qué tipo?

—Un fulano raro. Su cara parece la de un mono.

—¿Cómo viste?

—Traje gris y abrigo oscuro.

—¿Sombrero?

—Gris plomo.

—¿Qué más, maldita sea? ¿Qué hay de la corbata?

—Gris perla.

—¿Hacia dónde fueron? ¿Cómo pudiste perderlos de vista?

—Un tipo gordo me atrapó por su cuenta. Se presentó ante mí, me cogió por el brazo y se empeñó en que yo era un amigo de su infancia, un tal Holmes. Le dije que se equivocaba, y tiré para soltarme, pero no me dejó. Cuando al fin pude apartarme de él, ya no vi a la rubia ni a su amigo.

—El gordo estaba pagado.

—¿Tú crees?

—Está claro como el agua, Duck. Ella se debió dar cuenta de que los vigilabas y te mandó al gordo para que dejases de hacerlo.

—Lo siento, Jonathan.

Yo no tenía derecho a recriminarle porque a mí también se me había escapado Ana, y eso era mucho más imperdonable que lo suyo.

Tuve una idea.

—Vamos a los lavabos, Duck.

Me puse en marcha y él tuvo que trotar para seguirme.

—¡Allí está la rubia! —dijo Duck.

La vi junto a la pared, mirando el contenido de su bolso. También ella se cubría con gafas negras, como Ana. Llevaba puesto su abrigo de Astrakán negro. Y entonces me di cuenta de lo equivocado que había estado al compararla con la muerte. Era una rubia de las que hacen época, y eso lo podía notar porque el abrigo estaba abierto. Se cubría con un vestido negro, y las formas que dejaba ver eran impecables.

Me detuve ante ella y le pregunté:

—¿A dónde fue tu sobrino?

Ella enarcó las cejas. Sus labios eran rojos, preciosos, y pedían besos.

—Está usted chiflado.

Sus palabras eran aterciopeladas, suaves.

—Eres tú la chiflada, rubia, y si continúas así, te asarán en la silla eléctrica.

—Siga su camino, hermano. Otra vez será.

—No, hermana. Esta vez te atrapé, y no te voy a soltar.

—Váyase al infierno.

Fue a escapar, pero ya lo había hecho demasiadas veces. Me eché sobre ella mientras metía la otra mano en el bolsillo. Allí tenía yo un tubo de comprimidos para el dolor de cabeza. Le apliqué el extremo del tubo en el costado y dije:

—Quieta, rubia, o te atravieso el riñón con una bala.

CAPÍTULO VII

—No se atreverá a disparar —dijo la rubia.

—Lo haré si a Ana le pasa algo.

—¿Ana? ¿Quién es Ana?

—No me refiero precisamente a Ana Bolena, sino a Ana Martin.

—No conozco a ninguna Ana Martin.

—Oye, rubia, si tú me la pegases, me tiraría al río.

—Por mí puede tirarse desde el puente más alto.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. Sólo quiero salvar a Ana. Es tu vida por la de ella. A la de tres hago contigo una carnicería.

Vio en mis ojos que yo sería capaz de estropearle su belleza.

—Pregunte, entrometido.

—¿A dónde fue el tipo?

—Al lavabo de señoras.

—¿Vestido de vieja?

—Muy gracioso.

La empujé hacia los servicios destinados a las damas. Duck nos siguió en un galope.

Nos detuvimos a la entrada y le guiñé un ojo a Duck.

—¿Tienes ahí el quitapenas?

—Seguro.

—Vigila a la rubia. Yo voy a ver lo que pasa ahí dentro.

—Sí, Jonathan.

—Si ella pretende escapar, dispara primero y pregunta después.

Al entrar en los servicios me crucé con una señora de pelo blanco. Me miró asombrada.

—Tengo que ayudar a mi abuelita —dije, y seguí adentro.

Oí un grito procedente de un compartimento del fondo, a la

derecha. Me detuve pensando que Ana podía estar amenazada por el tipo.

Era la sección destinada a duchas.

Me colé en el cubículo de la izquierda, que estaba libre.

Pegué un salto y atrapé el borde de la pared adyacente. Había un hueco. Me icé a pulso.

Entonces vi a Ana. Estaba arrimada a la pared, los ojos llenos de terror.

El hombre del traje gris y el abrigo oscuro la amenazaba con un cuchillo. Claro, una pistola se podía oír. El estaba justamente debajo de mí y no me podía ver.

Deseé con todas mis fuerzas que Ana no levantase la mirada. Entonces me descubriría y yo no podría hacer nada por ella.

Tendría que darme mucha prisa o Ana moriría allí mismo.

Era una suerte para mí que la ducha estuviese en marcha, derramando agua muy aprisa.

—¿Qué es lo que sabes, nena? —preguntó el asesino.

—Nada, absolutamente nada.

—¿Y qué es lo que haces aquí?

—Ya lo ve. Iba a tomar una ducha.

—Claro. Eres una muchacha muy limpia —el individuo rió.

—Sí, señor. Lo soy, desde pequeñita.

Yo continuaba izándome, y fue entonces cuando ella me vio. En seguida bajó la mirada.

El individuo dio un paso adelante y juré que su próximo gesto sería levantar la cabeza. Si las cosas pasaban así, podría imaginar lo que sucedería: el asesino pegaría un par de cuchillazos en el cuerpo de Ana y echaría a correr. Yo lo atraparía, de eso estaba seguro, pero Ana se convertiría en un hermoso cadáver de diecisiete años.

Sin embargo, el tipo no levantó la cabeza.

—Sé lo que ibas a hacer, Ana —dijo a la muchacha.

—¿A qué se refiere?

Ahora ella trataba de ganar tiempo.

—Te ibas a largar a París, nena.

—No, señor. Iba a otro sitio.

—¿A cuál?

—A Los Ángeles.

—¿Crees que soy idiota?

—Sí… ¡Oh, no…!

—Vas a París para avisar al Gobierno francés de que al general le van a dar el pasaporte.

—Yo sólo tengo un amigo en el ejército, y es cadete. Está en la academia de West Point. Quizá lo conozca. Se llama Frederick, y le gusta la tarta de manzana. ¿Sabe que mi tía Emma sabe hacer muy bien la tarta de manzana? Le daré la receta, y así se la podrá pasar a su mujer…

—¡Ya basta!

—Le aseguro que su mujer se va a alegrar mucho de la tarta de manzana. Yo estaba a punto de llegar a lo alto.

Entonces el individuo sonrió.

—Estás muerta de miedo, pero se te va a pasar enseguida. Un cuchillazo y se acabó.

—No quiero morir. Tengo dinero en el banco. Más de cien dólares. Son suyos, si me deja seguir respirando.

—No hay nada que hacer, nena.

Ana fue a gritar, mientras él daba un paso para meterle la hoja de acero en el cuerpo. Fue entonces cuando caí sobre el asesino.

Los dos rodamos por el suelo.

Yo tenía una gran preocupación: librarme del cuchillo.

Ana saltó por encima de nosotros, para escapar, pero la bola humana tropezó con sus piernas y la derribamos.

Ya tenía en mi poder la muñeca armada del fulano y la retorcí sin piedad, pero el tipo era duro de huesos y no soltó el arma.

Su cara y mi cara estaban muy juntas. Juro que era feo como un demonio, y con unos ojos que indicaban perfectamente su profesión, la de un loco asesino. Aposté que había empezado matando hormiguitas, pájaros y todo lo que tuviese vida, cuando se puso a andar a gatas.

—Puerco —me dijo.

—Gusano.

—Te voy a pinchar como una aceituna.

Así diciendo, me acometió con la hoja de acero.

El muy bastardo, estuvo a punto de conseguir su propósito. El pincho de acero quedó a una o dos pulgadas de mi cuello. Sus ojos se desorbitaron.

—Te voy a degollar como a un cerdo —dijo.

Dirigí una mirada a Ana. Estaba en el fondo del cuarto, en el rincón, paralizada por el miedo.

—Ahora mismo le ayudo, señor Temple —dijo.

—¡No te acerques y echa a correr! —le grité.

Era lo mejor para ella, porque si aquel tipo me pinchaba, se ocuparía luego de Ana, y ya no habría probabilidad de que el héroe de la Resistencia francesa salvase su piel.

Pegué un rodillazo en el bajo vientre del asesino y eso me salvó momentáneamente. Rodamos otra vez por el suelo.

El fulano lanzó un grito de protesta. Tenía razón para ello.

El cuchillo se había introducido en su vientre como en un bloque de mantequilla. Cayó por mi derecha y quedó boca arriba.

Me arrodillé a su lado.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —le pregunté jadeando. No dijo nada.

Estaba moviendo sus manos temblorosas hacia el cuchillo porque quería quitárselo.

—No te molestes, chico. Tomaste una ración demasiado grande; hasta el mango.

Le hizo gracia mi chiste. Se rió y estuve a punto de llamar a Duck. Yo había conseguido hacer reír a aquel tipo, que, con toda seguridad, no había reído en toda su vida; ni cuando celebró sus bodas de plata con el crimen.

Y así murió: riendo.

Me puse en pie y solté un resoplido.

Ana se echó en mis brazos y yo la apreté contra mi pecho.

—Ya pasó todo, Ana.

Alzó su cara. Sus grandes ojos, que ahora no cubría con las gafas negras, reflejaron cien gramos de agradecimiento.

—¿Cómo te sorprendió?

—Me metí aquí para alejarme de ti. Hubo un forcejeo en la puerta y pensé que eras tú. Debía tener ganzúa o una llave falsa, porque abrió y entró. Lo demás ya lo sabes.

—Eso te pasa por no ser obediente.

—No repitas, que también poseo mucha imaginación.

—Te hablé en serio antes, cuando te dije que ya estaba convencido. Este hombre mató a Frank Cole, el periodista a quien Owen Malsom le contó tu historia.

—¡Oh! —dijo—. Entonces ellos lo saben y tratan de impedir que yo llegue a Francia.

—Salgamos de aquí cuanto antes. Tengo una prisionera.

—¿A quién te refieres?

—A la rubia que daba órdenes a «Traje Gris». Ya que no puedo interrogar al tipo, será ella quien conteste a mis preguntas.

—¿Crees que te responderá?

—Conozco algunos medios que resultan muy convincentes. Salimos del cuarto donde el muerto se estaba duchando.

Otra vez estaba allí la señora del cabello blanco, quien agrandó los ojos al verme.

—¡Oh, no…! ¡No es posible! —dijo. La pellizqué en la barbilla y dije:

—No debió beber tanto, y ahora no sufriría el «*delirium tremens*».

En ese momento se abrió la puerta, y la señora del pelo blanco lanzó otro grito, ya que entraba otro hombre: Duck Simpson.

Mi confidente se tambaleaba.

De pronto dobló las rodillas y cayó en el suelo.

Tenía motivos para tambalearse. Le habían clavado un estilete entre los omóplatos.

La señora del pelo blanco dijo otra vez aquello de que no era posible, soltó otro chillido y se desmayó.

Ana contuvo el grito que iba a salir de sus labios.

Me incliné nuevamente sobre un cuerpo claveteado.

—Duck —dije. Simpson abrió los ojos.

—Soy un estúpido… Otra vez me la volvió a pegar. Me advertiste contra ella, pero esa rubia fue condenadamente lista… Demasiado para mí…

Luego exhaló el poco aire que tenía en sus pulmones y se murió. Tomé a Ana por el brazo.

—Vámonos de aquí. Ella llevaba su maleta.

Salimos de los servicios y echamos a andar muy deprisa.

—Jonathan, ¿qué va a pasar ahora?

—Nada. Excepto que quizá, a partir de hoy, llamen a este aeropuerto «El de los hombres acuchillados».

—Tú ya sabes a qué me refiero. Al atentado contra el general De Gaulle.

—Lo impediremos.

—Cada vez estoy más convencida de que va a resultar un poco difícil.

—No te preocupes. Soy un tipo con muchos sesos.

—Tengo un boleto para el vuelo 304. Mi avión saldrá en un par de horas.

Nos detuvimos entre la gente, lejos ya de las dependencias, donde dos cadáveres y una mujer desmayada iban a causar sensación.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Ana.

—Necesito pensar.

—¿Y por qué no piensas mientras volamos a Francia?

—Tú no Vas a ninguna parte, Ana.

—¿Qué estás diciendo?

—Mi cliente ahora es el señor Strassman.

—¿Y qué?

—Tengo que devolverte al colegio.

—No lo consentiré.

—Tienes diecisiete años, y debes estar dando clases con la señorita Popkin. Tienes que aprender mucho en la vida.

—Ya lo sé todo.

—Eso es lo que creéis las de vuestra edad hoy día. Pero os falta mucho.

—¿Qué nos falta? —preguntó ella con aire desafiante.

—¿Quieres dejar de interrumpirme? Te dije que quería pensar.

—Muy bien. Piensa todo lo que quieras, pero nos tenemos que separar. Fue a marcharse, pero la sujeté por el brazo.

—No intentes escapar otra vez, y olvídate de mis espinillas.

Ella hizo un gesto enfurruñado, pero guardó silencio, y por fin pude pensar.

Tenía varios caminos para seguir. Podía recurrir a la ONU al
F. B. I.?
, o a la Interpol, aunque aquel asunto quizá necesitase los amantes cuidados de James Bond.

—Vamos, Ana.

—¿Adónde?

—A visitar a un amigo.

—Pero te he dicho que mi avión saldrá en dos horas.

—Olvídate de tu avión.

Tiré de ella con energía y se dejó conducir hacia Ja playa de estacionamiento. Poco después nos poníamos en camino en mi automóvil.

—Dame un cigarrillo, Jonathan.

—¿Ya fumas?

—Claro que fumo.

—¿Desde cuándo?

—Lo menos tres años.

—Estás muy adelantada.

—Eso me han dicho unos cuantos hombres.

—¿Y dónde vistes a esos hombres?

—En bailes, fiestas… Tenemos un día libre a la semana y podemos hacer lo que queramos…

Me pregunté hasta dónde habría llegado Ana en sus relaciones con los hombres, y la clase de fiestas a que sería aficionada.

Poco después llegamos al edificio del
F. B. I.

Pregunté por el inspector Robert Clymer y me dijeron dónde debía ir para encontrarlo. Robert Clymer me estrechó la mano y presenté a Ana.

—Hace muchos meses que no te veía, Jonathan.

—Estuve escondido porque la policía local me quería encerrar. Rió mis palabras.

—Siempre el mismo Jonathan Temple. ¿Cuándo tomarás la vida en serio?

—Ya la tomé.

—Me gustaría que lo demostrases.

—Allí va la demostración. Van a asesinar al general De Gaulle.

Clymer está por los cincuenta años. Se casó muy joven y ya es abuelo. Cinco años atrás le habían pegado un tiro en un mal sitio y lo dejaron inútil para corretear por el mundo. Entonces lo destinaron a las oficinas. Había sido un hombre con fama de duro, aunque ahora no lo parecía.

Se me quedó mirando después de oír mis palabras.

—¿Es eso todo, Jonathan?

¿Qué más quieres? ¿Una confesión grabada del jefe del complot?

Clymer se levantó y fue a un archivador que había en el fondo, uno de esos grandes monstruos que utilizan los organismos del tipo

del
F. B. I.
Apretó tres o cuatro botones y la máquina empezó a encender bombillas y puso en marcha varios mecanismos. Por un lado Clymer recogió unas cuantas tarjetas. Eligió una entre ellas y dijo:

—Cartas amenazadoras contra el general De Gaulle, recibidas durante los últimos cinco años, 354… Amenazas de muerte con armas de fuego, 205. Con tartas y otros dulces envenenados, 57… y 42 cartas en las que los medios para liquidar al general De Gaulle son variados, y van desde un rayo especial que cruzará el océano Atlántico, hasta los que aseguran que matarán al general por medio de poderes ocultos.

Dejó la tarjeta sobre la mesa y sonrió:

—¿En qué sección incluyo la tuya, Jonathan?

—Todavía no lo sé, pero ya hay dos muertos.

—¿Cómo?

—Acuchillaron a dos tipos en el aeropuerto de J. F, Kennedy, y eso ocurrió hace unos minutos.

—¿Qué tiene, que ver que acuchillen a dos tipos en el aeropuerto con el supuesto atentado contra el general De Gaulle?

Señalé a Ana.

—Ella es la causante indirecta de esas muertes.

—Vaya, tienes una historia para colocar…

—Si no la tuviese, no habría venido.

—Cuéntala.

Invertí unos minutos en resumir el caso. Mi amigo escuchó atentamente dando largas chupadas a un apestoso cigarro.

Al fin terminé, y Clymer se pasó una mano por su casposo cabello.

—No está mal.

—Celebro que te guste, Bob.

—Pero no podemos intervenir.

—¿Y por qué no?

—No hay pruebas.

—¿Cuántos muertos necesitas aparte de los dos que ya hay?

—No se trata de muertos.

—¿Cuál es el problema?

—Según tu historia, el crimen se va a cometer en Francia.

Nosotros no tenemos jurisdicción allí. Por otra parte las relaciones oficiales…

—Que yo sepa tenemos un embajador en París, y hay uno francés en Washington.

—Sí, es verdad, pero Francia y nuestro país no están precisamente disfrutando de una luna de miel.

—No, y eso lo sabemos todos sin necesidad de pertenecer al
F. B. I.

—Fuera los sarcasmos.

—Está bien. Dejemos los sarcasmos y tengamos en cuenta sólo la realidad.

—Esos hombres fueron acuchillados aquí, en Nueva York…

—Adelante, ¿qué más?

—Podemos dar un informe.

—¿Y qué pasará con el informe?

—¿Quieres que te diga la verdad?

—Siempre la prefiero a una mentira, tratándose del
F. B. I.
y no de una mujer.

Pegó un mordisco al cigarro y creí que lo seccionaba, pero le quedó colgando en los labios.

—Jonathan, lo malo que tienes tú es que exasperas.

—Olvídate de eso, y respóndeme como un muchachote del
F. B. I.

Sus ojos se convirtieron en dos centrales eléctricas con potencia suficiente para iluminar a la ciudad de Nueva York en caso de otro apagón.

—Los franceses no tomarían en cuenta nuestro informe oficial. Pensarían que se trata de una operación de alto nivel para buscar su agradecimiento, para que no nos pusiesen dificultades en el Vietnam, para que acogiesen las sugerencias de nuestro presidente con más calor. No, Jonathan, quítatelo de la cabeza, no admitirán el peligro para su presidente. Y la razón es muy sencilla. Allá en París están recibiendo constantemente cartas y llamadas telefónicas amenazadoras. ¿Cuántos complots contra el general De Gaulle se han descubierto desde el año 1958? Vosotros, por la Prensa, os habéis informado de algunos de ellos, de media docena, pero han existido veinte o treinta más de los que no habéis tenido idea.

—Y vosotros sí.

—Sí, para eso nos pagan, y es nuestra profesión. Respiré un poco de aire.

—Anda, Bob, inténtalo —dije.

—¿Qué es lo que tengo que intentar?

—Llama a un francés y dile lo que traman contra su presidente.

—Estupendo. ¿Quién digo que lo va a matar? ¿La Asociación Patriótica de niños amantes de David Crocket y Daniel Boone?… ¿La Sociedad de Conservación de las Costumbres Americanas George Washington?

—No hace falta que digas el nombre, porque no lo conocemos.

—Es peor todavía. ¿Por dónde investigarán?

—Es cuestión de ellos.

—Lo encuentras sencillo, ¿eh?

—Con probar no se pierde nada, Bob.

—Muy bien. Tú ganas, gran hombre.

Robert Clymer se apartó el cigarro de la boca, y lo puso sobre un cenicero. El humo de aquella cosa me estaba enfermando.

Mientras tanto, Robert marcó un número.

—¿Hablo con el señor Hubert Bardin?… —dijo—. Aquí Robert Clymer del

F. B. I.,

Señor Bardin, tengo mucho gusto en entablar esta conversación… Sí, sí, es confidencial… No, no es cuestión del señor Hoover. Usted ya sabe cuál es mi cargo aquí… Archivo en la Sección de Emergencia… Señor Bardin, tenemos serias razones para suponer que el general De Gaulle va a ser objeto de un atentado… Eso es, señor Bardin, un atentado… No, no puedo decirle nada con respecto al grupo de confabulados, porque lo ignoramos, pero ya han habido aquí dos muertes… ¿Qué soy, muy amable?… Oh, sí, señor Bardin. Soy muy amable… Tomará nota, ¿eh?… Me informará, oh, sí, claro… Ya sabe que me tiene a su disposición, señor Bardin… Gracias.

Robert colgó golpeando fuerte en la horquilla.

—¡Vive la France! —dijo, mordiendo las palabras. Se hizo un silencio.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Ana con una gran ingenuidad. Creí que ahora Robert la iba a morder a ella.

Pero movió los ojos y los clavó en mí. Ahora la potencia eléctrica de cada uno de ellos había aumentado como para mandar fluido a un millón de galaxias.

—¿Ya estás satisfecho? Hice lo que querías. ¿Y sabes lo que piensa de mí el señor Bardin en éstos, momentos?… ¡Que soy un bocazas!…

—Puedes transpasarme el calificativo.

—Muy bien. Eres un bocazas… ¡Y ahora largo!

—Ya nos vamos, bravo muchachote del

F. B. I.

Cogí el cigarro del cenicero y cuando fue a contestarme, se lo clavé en la boca. No hizo el menor movimiento. Se quedó como un tótem indio.

Entonces, tomé a Ana del brazo y salimos.

CAPÍTULO VIII

Estábamos sentados ante una mesa de un bar cercano al edificio del F. B. I.

—Tú tenías razón —dijo Ana—. Creí que sería mucho más sencillo, Jonathan.

—Nada hay sencillo en este mundo que vivimos. Todo se ha convertido en difícil y complicado. Y ahora te voy a dar una prueba.

Llegó el camarero.

—¿Qué van a tomar?

—Ella un vaso de leche y yo un café.

—¿Cómo quiere el café?

—¿Cuántas clases de café hay?

El camarero me miró parpadeando.

—Está el corto, el largo, el cremoso, el instantáneo, y el café descafeinado…

—Tráigamelo con una rubia.

—¿Por fuera o por dentro? —contestó el camarero como si yo estuviese loco.

—¡Condensada!

—Sí, señor. En seguida.

El mozo dirigió una mirada de consideración a Ana y se marchó.

La alumna del colegio Strassman se cubrió la boca con la mano por no soltar una carcajada.

—Ahí lo tienes, Ana. Todo es así de complejo.

—Jonathan, sólo queda una solución.

—Ir a París, ¿verdad?

—Eso es —consultó su reloj—. Y sólo contamos con cuarenta y cinco minutos. De pronto un empleado se puso a vocear.

—Llaman al señor Jonathan Temple… Llaman al señor Jonathan

Temple… Levanté la mano para hacerme notar.

El botones llegó y dijo:

—Cabina número dos, señor. Al final, a la izquierda.

—¿Quién llama?

—Un amigo suyo, pero no dijo el nombre. Le di un dólar y se largó.

Ana dijo:

—Debe ser tu amigo Robert Clymer, del

F. B. I.

Yo tenía el ceño fruncido.

—No, Ana. Vengo muy poco por este bar. A decir verdad, no ponía los pies aquí desde hace seis meses. Y eso sólo quiere decir una cosa, que al otro lado del cable hay un representante del digno sindicato de Asesinos de Personalidades Políticas.

Me puse en pie.

—Vuelvo enseguida, Ana, quizá sea interesante la conversación para saber algo más. Crucé la sala y me metí en la cabina número 2.

—Jonathan Temple al habla —anuncié.

—¿Cómo está, señor Temple? —Oí una voz ronca de hombre.

—Muy bien desde que acuchillé a su asesino de la corbata gris perla.

—Hizo muy mal, señor Temple.

—Oh, sí, debí dejar que él hiciese su trabajo con la muchacha.

—Todos habríamos salido ganando, señor Temple.

—¿Qué habría ganado yo?

—Mil dólares.

—Paga barato.

—Ahora pagaré más, señor Temple.

—¿De veras?

—Cinco mil.

—Ha subido mucho.

—Es la ley de la oferta y la demanda, señor Temple.

—¿Y qué debo hacer para ganarme los cinco mil?

—Es bien sencillo, señor Temple. Usted no tiene que hacer nada. ¿Se da cuenta? Sólo tiene que estarse quietecito.

—Sentado en un sillón, ¿eh?… ¿Y quién pone lo otro?

—No conozco sus gustos femeninos, señor Temple. Pero con los cinco mil dólares puede usted gozar de la compañía de una pelirroja

de buen ver.

—Prefiero una rubia con abrigo de astracán.

—No está disponible.

—¿Es suya, amigo?

—Sí…

—¿Qué le parece si me la presta con la promesa de no estropeársela?

—Señor Temple, no me gustan las bromas de mal gusto.

—Oh, ya comprendo.

—No perdamos el tiempo, señor Temple, y no intente engañarme. Si usted no se está quietecito, nosotros lo sabremos. Recibirá mil dólares mañana y el resto en un plazo de tres días.

—Si dejamos correr un plazo de tres días nos pondremos en el día 7 de diciembre.

—Así es.

—Y el día 6 de diciembre es la fecha en que eliminarán al general De Gaulle.

—¿Va a pasar eso, señor Temple?

—¿Sabe lo que le digo, amigo? Es usted un hijo de perra. Quiere que, por cinco mil dólares me haga cómplice de un asesinato político.

—Señor Temple, tengo que hacer un gran esfuerzo para serenarme.

—Entonces, continuaré sacándolo de sus casillas para que se arroje por la ventana que tenga más cerca.

—Señor Temple, usted no va a impedir nada. Todo se hará como está planeado. ¿Lo oye bien? Si usted pretende obstaculizar el camino, sólo conseguirá una cosa. Morir antes que la persona que trata de salvar. Piénselo, señor Temple. Creo que vale la pena que lo haga. Además…

—¿Además? —interrogué.

—Otras personas podrían sufrir consecuencias. Espero que sea sensato. Inmediatamente colgó.

Sus últimas palabras me barrenaron el cerebro.

Empujé la horquilla, y cuando tuve comunicación, marqué el número de mi oficina.

—Oficina del señor Temple —dijo Lucy.

—¿Estás sola, Lucy?

—El ascensorista entró un momento para hacerme el amor, pero le dije que mi jefe se pondría muy celoso si nos sorprendía. El hombre se conformó y ya me dejó sola.

—Lucy, tienes que salir de ahí inmediatamente.

—¿No te gustó el chiste?

—No estoy para chistes. Sal inmediatamente de ahí, pero no vayas a tu casa… ¿Cómo se llama aquella prima tuya, la pecosa, feúcha?

—Susan.

—Muy bien. Vete a casa de Susan, pero no se lo digas a nadie… ¡A nadie! ¿Lo oyes?

—¿Qué pasa, Jonathan?

—Pasa que ya hay tres muertos, que yo puedo ser el cuarto, y que tú puedes ser el quinto cadáver…

—¿Qué vas a hacer tú?

—Me voy a París.

—¿Sólo?

—Sí, solo.

—Júralo.

Puse un dedo sobre otro.

—Lo juro. Ya he perdido demasiado tiempo, Lucy. Llamaré desde el aeropuerto a casa de Susan. Dame el número.

Me lo dio y colgué.

El camarero estaba hablando confidencialmente con Ana. El motivo de la conversación debía ser yo porque, al verme llegar, el mozo se interrumpió.

Ya había puesto el servicio sobre la mesa y le pagué agregando una propina. Cuando se hubo retirado, Ana dijo:

—El camarero me ha preguntado si llevas mucho tiempo así. Vi en su mano un martini y no un vaso de leche.

—Vaya, diste el cambiazo, ¿eh, Ana?

—Sólo tiene la mitad de ginebra. La tomé por el brazo.

—Vámonos.

—Eh, mi martini.

—Ya despacharás tu biberón mientras volamos sobre el océano. Nos alejamos de la mesa, pero antes de salir la detuve y dije:

—Hemos sido localizados, y con eso quiere decir que saben que estamos aquí. Me habló un desconocido para que me estuviese

quieto. Colócate detrás de mí.

—¿Crees que van a intentar algo a plena luz del día?

—Esa gente es capaz de todo. Recuerda lo que pasó en el aeropuerto.

Yo había decidido que Ana viniese conmigo a París. Era la mejor forma de cuidaría. Si la devolvía al colegio, estaba seguro de que aquellos desaprensivos serían capaces de llegar a su habitación. Además, ahora tenía en cuenta que Ana nunca se conformaría. No, mirase como lo mirase, era preferible tenerla a mi lado.

Salimos del bar, Ana a mi espalda.

La gente circulaba por la acera con prisa. Nadie se preocupaba de sus semejantes. Ustedes habrán oído muchas veces, ese ejemplo del tipo que acuchillan en la calle mientras los peatones siguen su camino, sin acercarse al fulano para preguntarle al menos si le sentó mal la digestión.

Con ello quiero decir que podrían balearnos, bombeamos, ametrallamos entre toda aquella gente con la mayor impunidad. Es el crimen cara al público. ¿No se cargaron a Lee Oswald ante docenas de millones de televidentes? Nosotros éramos menos importante, y no teníamos allí la T. V., pero nos podían cargar igual.

Mi coche estaba cincuenta metros más arriba. Fuimos hacia allá. No estaba ocurriendo nada. Sólo eran prejuicios de mi profesión. Eso es lo que trataba de decirme a mí mismo para convencerme. Y hasta repetí esa tontería de que la vida vale la pena ser vivida, porque está llena de belleza, de colorido y, sobre todo, de mujeres.

Fue entonces cuando ocurrió.

Un tipo apareció por el guardabarros de mi coche. Tenía una metralleta en la mano. La había mantenido escondida entre el coche y su persona.

Atrapé a Ana del cuello y tiré de ella.

Los dos caímos en el suelo en el momento en que el fulano mandaba la primera rociada.

Pero sólo hubo una. En el mismo momento que caí de rodillas en el suelo, apreté el disparador, porque tenía un buen ángulo de tiro, y veía al fulano por encima de la proa.

La bala le pegó en todas las narices y convirtió su cara en pulpa. Sólo lo vi una fracción de segundo, porque no fue un espectáculo

apto para tipos refinados.

Oí chillidos, gritos, y eso me hizo pensar que los sociólogos no tenían razón al decir eso de que la gente no se da cuenta de que lo matan a uno en la calle.

Por fortuna, las balas de la metralleta no habían matado ni herido a nadie. Fueron a golpear contra un escaparate de una tienda de modas.

El cristal había saltado y dos maniquís resultaron decapitados.

—¡Al auto, Ana! —grité.

Los dos nos dimos mucha prisa porque debíamos alejamos de allí antes de que empezase el verdadero jaleo.

Unos segundos después, mi vehículo corría por la calle y yo conducía con el aire de un ciudadano modelo.

Miré a Ana y observé que estaba muy pálida.

—¿Qué tal tu nueva vida como aventurera? Tragó saliva.

—Cuando lo cuente en mi cuaderno, mis compañeras no lo van a creer.

—¿Llevas diario?

—Claro, como todas, aunque salto muchas cosas, ya sabes, los días en que no me pasa nada… Y pensar que todo ocurrió porque sorprendí una llamada telefónica…

Dejé mi auto en la playa de estacionamiento del aeropuerto y otra vez entramos allí.

Miré en torno y sentí una sacudida al ver un abrigo de astracán. Lo llevaba una mujer que estaba de espaldas. Fui hacia ella y la toqué en un hombro.

Se volvió hacia mí una mujer de cincuenta años y nariz de loro.

—Perdone —dije—, me confundí de persona.

Nos apartamos de la desconocida del abrigo de astracán y nos dirigimos a las cabinas telefónicas.

No quise correr ningún riesgo con Ana y la hice pasar dentro de una de las jaulas. Una vez en el interior, marqué el número de Susan, la prima de Lucy. Sonó tres veces el timbre antes de que descolgasen.

—¿Sí…? —Oí a mi secretaria.

—Hola, Lucy, soy yo… ¿Estás sin novedad?

—Desde luego.

—No salgas de ahí hasta que yo vuelva de París.

—Eh, Jonathan, ¿qué pasa si no vuelves?

—Mándame una corona de flores. Te darán mi dirección en cualquier cementerio —dije y terminé la conversación.

Luego marqué el número del colegio Strassman. De nuevo escuché el ladrido que conocía.

—¿Quién llama?

—Jonathan Temple, señor Strassman.

—¿Dónde está usted?… ¿Y Ana? ¿Ya la encontró?…

—Tranquilo, señor Strassman, o se morirá muy pronto de una hemorragia cerebral o de un ataque al corazón.

—¡No me responda así! ¡Recuerde que ahora trabaja para mí!

Si le decía a aquel tipo que Ana y yo nos marchábamos a París, rescindiría el contrato conmigo, y lo que era peor, me denunciaría como secuestrador de menores.

—Señor Strassman, llegué demasiado tarde.

—¿Adónde llegó demasiado tarde?

—Al aeropuerto Kennedy.

—¿Quiere decir que Ana tomó un avión?

—Sí.

—¿Adónde?

—A París.

—Dios mío, tengo que llamar inmediatamente a la policía.

—Deje a la policía en paz, señor Strassman… Tengo la pista de Ana y yo también iré a París. La atraparé allí y se la traeré envuelta en papel de celofán.

—Señor Temple, creo que voy a enfermar.

—Llame a su doctor, y él sabrá recetarle algo para tranquilizar sus nervios. Y ahora, hasta la vista, señor Strassman. Mi avión despega dentro de unos minutos.

—¿Cómo voy a saber de usted?

—Muy pronto. En cuanto tenga a Ana.

Fueron mis últimas palabras porque luego colgué.

Ana me miraba con sus grandes ojos y una picaresca sonrisa en los labios.

—Ana, vienes conmigo porque no quiero que te metan en el depósito de cadáveres.

¿Lo oyes bien? Ésa es la única razón.

—Sí, señor.

—Eres demasiado joven para ser pasto de los gusanos.

—Sí, señor.

Estábamos muy juntos, ella cerca de mí. Sus labios estaban húmedos, y su respiración era anhelante.

Hice lo que tenía que hacer. La tomé por el brazo y dije:

—Salgamos de aquí de una vez.

CAPÍTULO IX

Aquél era el aeropuerto de Orly. Ya estábamos en París. Se ha hecho famoso eso de abril en París. Pero nosotros no llegábamos en abril, en la primavera, sino en diciembre, y nevaba lo mismo que en Nueva York.

Ana se había pasado las horas de vuelo durmiendo, apoyada su cabecita en mi hombro.

—Tengo hambre —dijo.

No había querido despertarla cuando repartieron alimentos. Pensé que era preferible para ella que descansase después de las emociones sufridas. Ana no estaba acostumbrada como yo a ventilárselas con asesinos y demás fauna de la jungla.

Fuimos al restaurante y ocupamos una mesa.

Yo había comido un poco en el avión, de modo que me contenté con un sándwich, pero Ana pidió huevos revueltos con jamón.

Estábamos despachando cada uno lo nuestro cuando Ana preguntó:

—¿Qué haremos ahora?

—Tengo un amigo en el Deuxiéme Bureau. Se llama Marcel Gros. Bueno, espero que aún trabaje allí.

—¿El Deuxiéme Bureau no es el que se ocupa de los asuntos de contraespionaje en Francia?

—Sí, y mi amigo está en la Investigación Estratégica. De repente una voz femenina dijo:

—¿Han hecho ustedes un buen viaje?

Alcé los ojos y vi a la rubia. Sí, allí estaba la del abrigo de astracán. Ahora no cubría sus ojos con gafas oscuras. Tampoco exhibía una pistola en la mano.

—¿Me invita, señor Temple?

Una luz roja que tengo en el cerebro se encendió anunciándome el peligro. Más allá de nuestra mesa la gente comía tranquilamente. Un tipo con bigote de morsa atacaba un gran plato de espagueti. Detrás de él un larguirucho estaba pendiente de lo que le decía una pelirroja que despachaba un plato de ostras.

—¿Qué le pasa, señor Temple? —dijo la rubia—. ¿Busca algún amigo quizá?

—A los suyos —contesté levantándome.

Entonces ella se sentó en una silla y sonrió mirando a Ana.

—Te felicito, querida. Eres muy bonita.

—Y usted muy mala, abuelita.

Se miraron desafiantes, como si fuesen a emprenderla a zarpazos.

—¿Me conoces, querida? —dijo la rubia en un tono de voz que había subido tres octavas.

—Claro, tú eres la rubia que está detrás de todo esto.

Mi investigación por los alrededores había resultado infructuosa y ocupé de nuevo mi silla.

—Quisiera beber algo —dijo la rubia.

—¿No tomó su ración de veneno esta mañana? —sugirió Ana.

—No, cariño. Me dijeron que una muchacha americana llamada Ana lo consumió todo.

Ana fue a arrojarse sobre la rubia, pero yo la contuve.

—Ana, si dejas fuera de combate a nuestra invitada, no sabremos la clase de oferta que nos trae.

El camarero se había acercado.

La rubia pidió una combinación de *whisky*, vodka y cinco ingredientes más. Yo había probado la bebida en un sótano de Nueva York, y estuve echando fuego durante una semana.

Ana hizo un gesto enfurruñado y siguió comiendo sus huevos revueltos.

—Antes de nada —dije—. ¿Cuál es tu nombre, rubia?

—Llámame Dominique.

—De acuerdo, Dominique. Las cartas sobre la mesa.

—¿Por qué tanta prisa, Jonathan?

—Manías, o quizá sea que hoy es 5 de diciembre y que mañana será 6.

—¡Estupendo! Pasado mañana será 7. ¿Y sabes dónde estaré,

Jonathan?

—En el infierno —contestó Ana—. Pero no es ninguna sorpresa para nosotros.

Por un momento, Dominique dejó de sonreír, y sus ojos miraron con odio reconcentrado a la colegiala de Strassman.

—Estaré en Acapulco —dijo, mordiendo las palabras.

—¿No te parece un lugar demasiado lejano de París? —pregunté.

—Sin embargo, estaré allí porque todo habrá terminado.

—Imagino a qué te refieres. Al general. Tú podrás estar en Acapulco, porque el presidente francés estará tan tieso como Napoleón.

—Jonathan, ¿entiendes de política?

—Un poco.

—Entonces, entenderás ciertas cosas.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Nosotros, los seres humanos, somos insignificantes peones en el tablero mundial donde se ventilan la suerte de los pueblos, de las naciones… Nosotros no podemos influir con nuestros actos en las evoluciones de la humanidad.

Me puse a aplaudir y dije:

—Profesora, has estado magnífica.

Me enseñó los dientes apretados y los entreabrió unas pulgadas para soltar un chorro de palabras.

—Bastardo, el último tipo que se burló de mí está ahora en Estambul pidiendo limosna.

—¿Con o sin piernas?

—Le quedó una.

—Vaya, tuvo suerte.

El camarero se acercó con su bebida anticohete.

Dominique bebió un trago y esperé que se convirtiese en un lanzallamas. Me equivoqué. Chascó la lengua y dijo:

—Ha sabido darle su punto.

—Tienes que agradecer que el barman fue antes pocero.

—Basta ya de ingeniosidades, Jonathan.

—Sí, hablemos como lo que somos, si Ana está dispuesta a taponarse los oídos.

Dominique me apuntó con el dedo, pero no escupió por allí el

rayo de la muerte. De la punta de su índice no salió nada.

—Jonathan —dijo—. Voy a terminar con tu racha de chistes. No saldréis vivos de París, si no os retiráis de este negocio…

Ana dejó de comer los huevos revueltos, aunque apenas le quedaba para un bocado.

—Jonathan, no consientas que te intimide esta rubia de pega. Ella decía eso porque Dominique llevaba una peluca de las caras.

—Eres una chiquilla, Ana —repuso Dominique—. Jonathan, espero que no te dejes influenciar por ella.

—Soy un adulto —dije con orgullo—. Y yo tomo mis propias decisiones.

—Estupendo. Entonces yo te diré la que vas a adoptar. Las mujeres son así de lógicas.

Dominique metió la mano en el bolso y sacó un sobre muy grueso que dejó sobre la mesa y empujó hacia mi lado.

—No lo toques, Jonathan —exclamó Ana—. Puede hacer explosión.

—No, querida. No hay ninguna bomba dentro —le respondió Dominique.

—¿Y qué hay? —pregunté.

—Cinco mil dólares y dos pasajes.

—¿Para Acapulco?

—No, para Nueva York.

—Pero si acabamos de llegar.

—No tenéis nada que hacer en París. Además, está nevando.

—Me gusta mucho la nieve —dije—. ¿Y tú, Ana?

—La adoro —rió—. Me gusta hacer bolas. ¿Y a ti, Jonathan?

—Es uno de los juegos más divertidos que conozco.

—Haremos una muy gorda, Jonathan.

—Grandiosa.

—Tan alta como la torre Eiffel.

—Se la regalaremos al general De Gaulle.

La rubia no pudo resistirlo más. Pegó un puñetazo en la mesa.

—¿Qué clase de estúpidos sois vosotros?

Estuvo a punto de volcar su vaso y lo agarré antes de que cayese, por temor a que sobreviniese allí una explosión. No quería que París ardiese al fin.

Dominique consultó su reloj.

—Vuestro avión para Nueva York sale dentro de veinte minutos.

Bebió un nuevo trago, dejó el vaso, donde todavía había dos dedos del brebaje, y se puso en pie.

Ana gritó:

—Eh, Jonathan, no la dejes escapar.

—Yo sé cuándo he perdido una batalla —rezongué con supuesto mal humor.

—¿Quieres decir que nos vamos a Nueva York?

—Hemos perdido, nena.

—Eres un cobarde, Jonathan. Pero yo no me voy. Me quedo.

—Tú me vas a obedecer, Ana.

—De ninguna manera.

Fue a saltar de la silla, pero de nuevo se lo impedí.

La rubia estaba muy satisfecha del cariz que había tomado el asunto.

—Me alegra que seas un hombre juicioso, Jonathan. Después de todo, me resultaste simpático, y puede que algún día nos volvamos a encontrar en circunstancias más agradables.

—Lo mismo digo, rubia. Si alguna vez paso por Acapulco, preguntaré por ti.

—Ya me demoré demasiado con vosotros. Hasta la vista. Dio media vuelta y se alejó hacia la salida del restaurante. Ana dijo:

—Eres un miserable, Jonathan. Te has vendido por cinco mil dólares.

—Nena, no tuve más remedio que hacer como que aceptaba. Ella parpadeó.

—¿Quieres decir que es una farsa?

—Claro que no, pero me gusta la piel que llevo encima, y no tengo otra de repuesto.

Ella no vino aquí sola. Dominique no es quien aprieta el disparador.

—¿Quieres decir que hay otro?

—Sí, nena, puedes estar segura de que en este mismo restaurante, o a la salida, nos espera el pelotón de ejecución. Pero no mires a tu alrededor. Debemos confiarlos. Escúchame bien. Vamos a ir hacia las puertas que comunican con las pistas.

Llamé al mozo y pagué con una propina francesa, que es el doble de una americana. Luego nos pusimos en camino.

Mi idea era saber quiénes eran los tipos encargados de servirnos la ración de plomo.

Sólo se movió un hombre de las mesas próximas a las nuestras. El tipo con bigote de morsa. Vi por el rabillo del ojo que se pasaba la servilleta por la boca y que venía tras de nosotros.

Los altavoces anunciaron un vuelo a Nueva York. Era el nuestro. La gente empezó a aglomerarse en las puertas.

—Quédate aquí —dije a Ana al oído.

Me agaché y recorrí un trecho entre mujeres y hombres que me miraban extrañados. Finalmente fui a parar a la espalda de «Bigote de Morsa», que estaba de puntillas, dando saltitos.

—Aquí estoy —dije enderezándome, y le puse una mano en el hombro.

«Bigote de Morsa» volvió la cabeza y forzó una sonrisa.

—No entiendo —tartamudeó.

—Me estabas buscando.

—¿Yo a usted? ¿Para qué?

Hice un movimiento muy rápido. Le pasé el brazo por la cintura y lo atraje hacia mí mientras introducía la otra mano en su axila.

—Eh, ¿qué hace? ¿Es que está loco?

Mis dedos tiraren de la pistola que guardaba en su funda sobaquera.

No quise sacarla del todo. Moví el arma y le clavé el cañón en el costado.

El tipo no se movió una pulgada porque creyó llegado el último momento de su vida.

—No haga eso, amigo —dijo.

—¿Qué cosa?

—Matarme.

—¿No es eso lo que te dijeron que hicieses con nosotros?

—Oh, no, yo no tengo nada que ver con usted.

—Esa respuesta no me gusta nada.

Vi llegar a Ana a mi lado y sentí un cosquilleo en la espina dorsal.

—¿Por qué no te quedaste allí? —rezongué.

—Quise saber lo que pasaba —sonrió—. Vaya, capturaste a nuestro vigilante… Es algo más que un vigilante, Ana. Se trata de un asesino.

—No diga eso, señor —protestó «Bigote de Morsa»—. Yo soy un honrado comerciante.

—Claro, y te hace falta la pistola para ventilar los negocios.

—El mundo está muy agitado, señor. Mi mercancía es el vino. Últimamente se infiltraron en el negocio del vino personas indeseables.

—Qué pena, ¿verdad? —asentí—. ¿Cuál es tu nombre, honrado comerciante?

—Luigi Benvenutti.

—¿Dónde está tu compañero, Luigi?

—¿A qué compañero se refiere?

—Debe haber otro contigo.

—No, señor. No lo hay.

Le clavé más la pistola, e hizo un gesto de dolor.

—Estoy solo, señor Temple. Se lo aseguro.

—Ya sabes mi nombre, ¿eh?

—¿Qué iba a ganar con negarlo?

—¿Trajiste auto, Luigi?

—Desde luego.

—Viajaremos los tres en él.

—Sí, señor.

—No se te ocurra hacer un gesto a derecha o izquierda, o te la ganas. Te aseguro que no tendré ningún remordimiento si tengo que apretar el gatillo.

—Me estaré quieto.

—Adelante, muchacho.

Escondí la pistola en el bolsillo y echamos a andar.

Luigi Benvenutti caminaba delante de mí, pero tan pegados los dos, que nos podían confundir con siameses.

Ya estábamos acercándonos a la playa de estacionamiento.

—¿Marca de tu auto, Luigi? —le pedí, porque no quería que nos diese vueltas por allí, donde había más de un millar de coches.

—Un «Citroën».

—¿Matrícula?

—De París.

—¿Número?

—

850 601.

—¿Dónde está?

—El de arriba, el tiburón color crema.

Sí, allí estaba, y el número de matrícula era el que Luigi había dicho. Se estaba comportando con honradez por primera vez en su vida.

—Las llaves, Luigi —le pedí.

Me sacó las llaves, que entregué a Ana.

De pronto vi aparecer a un tipo por la popa del automóvil aparcado a la izquierda.

Tenía una pistola en la mano del tamaño del Arco del Triunfo. Me vencí sobre Ana, que estaba inclinada sobre la puerta. El tipo que manejaba el cañón soltó un zambombazo.

Luigi Benvenutti lanzó un grito y giró como una peonza. Pude verle su pecho. Le habían destrozado la chaqueta, la camisa, la corbata, y no llevaba camiseta. Fue un error por su parte no ponérsela, porque el plomo casi le arrancó de cuajo todo lo que había allí: costillas, carne, y seguro que su cartera quedó hecha una ruina.

Hice mi disparo, porque también tenía derecho a utilizar un arma en aquellas circunstancias. No le di al tipo, pero lo hice desaparecer.

—Quédate aquí, Ana —le dije. Eché a correr hacia la izquierda. El fulano pensó lo mismo que yo.

Casi nos dimos de bruces, pero mis reflejos siempre han sido buenos. Hice un disparo a boca de jarro. No podía fallar, porque el muchachito me estaba apuntando con su arma. Esperé con el corazón encogido a que él también apretase el gatillo. Si ocurría eso, los restos de Jonathan Temple se iban a recoger en un fiordo de Noruega.

Vi el agujero que aparecía en la frente de mi rival, justo en el centro. Luego se desmadejó y cayó al suelo.

Oí un chillido a mi espalda. Era una dama que, al ver lo que estaba pasando, decidió desmayarse.

Volví junto al tiburón. Ana ya estaba dentro.

Me senté a su lado, y salimos de allí como fugitivos de la isla del Diablo.

—Caramba —sonrió Ana—. Tenemos cinco mil dólares y continuamos en París. Ya sólo falta que salvemos al general.

CAPÍTULO X

Abandonamos el tiburón de Luigi en una calleja y continuamos el camino a pie. Mis ideas eran claras con respecto a lo que debía hacer ahora.

Entramos en un bar, y le dije a Ana que me esperase sentada en un taburete mientras telefoneaba.

—¿Estás seguro de que no nos han seguido, Jonathan?

—He mirado varias veces por el espejo retrovisor y no vi nada. Estoy dispuesto a jurar a que los dos muchachos que ya están muertos eran los únicos que componían nuestra guardia de honor… Pide algo para ti y para mí. Voy a establecer contacto con Marcel Gros.

Fui a la cabina y, después de consultar el cuaderno, marqué un número.

—Inspector Marcel Gros al habla —dijo la voz de mi amigo.

—¿Cómo quedaste con la pelirroja de Río de Janeiro? —le contesté. Hubo una pausa y al momento él gritó:

—¡Jonathan Temple!

—Sabía que te acordarías de mí, Marcel.

—Recuerdo mucho más a la pelirroja, y en cuanto al final de la historia, resultó casada.

Imagínate, yo estaba dispuesto a convertirla en mi mujer.

Nos estábamos refiriendo a un hecho ocurrido el año anterior, pero aquello era agua pasada, y lo que tenía en mis manos quemaba como las brasas.

—Marcel, vine a París para algo importante.

—¿Quién es tu compañera?

—Ana Martin, una muchacha de diecisiete años.

—¿Ahora te gustan jovencitas?

—Olvídate de eso. Ella y yo estamos vivos de milagro.

—¿Qué pasa?

—Murieron tres hombres en Nueva York poco antes que saliésemos del aeropuerto, y ya tenéis dos muertos más en París. Los tipos nos estaban esperando en Orly.

—¿Quieres decir que no os dejaban salir de Nueva York y que tampoco querían dejaros ver el Sena?

—Eso es.

—¿Te metiste en otra aventura de chinos?

—No. Esta vez es de franceses.

—Concreta, Jonathan.

—Sería mejor que te lo dijese personalmente.

—Oye, no puedo moverme. Tengo un trabajo enorme. El primer ministro ruso está aquí en visita oficial… Eso nos trae de cabeza. Nuestro presidente y el ruso han visitado juntos muchos lugares, y eso nos hace desplegar un gran esfuerzo.

—Quizá el ruso se quede solo en el momento más inesperado.

—No te entiendo.

—Van a matar a vuestro presidente.

Marcel dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Siempre hay fanáticos, Jonathan —contestó—. Antes de que llegase el ruso, recibimos muchas cartas y llamadas telefónicas asegurándonos que las horas del general estaban contadas…

—Lo mío no es lo mismo.

—Oh, sí, claro.

—Marcel, te he dicho que ha habido cinco muertos. La confabulación es seria y ha sido planeada en los Estados Unidos.

—¿Quiénes son los confabulados?

—No lo sé. Pero imagino que debe ser una organización de fanáticos; ya sabes que hay unas cuantas por allí.

—Oh, sí, es una plaga. Pero también la sentimos en nuestra carne, en Europa.

—Quiero que vengas aquí para continuar hablando.

—Espera un momento… ¿Dónde crees tú que lo van a matar?

—Un amigo, periodista, el que murió primero, escribió algo en un papel. Una sola palabra.

—¿Qué fue lo que escribió?

—Claremont.

—¿Estás seguro?

—Claro que lo estoy. ¿Significa algo?

—Desde luego. —La voz de Marcel Gros se había tornado grave —. ¿Dónde estás, Jonathan?

—Café Balsan, calle Dubonnier.

—Sí, lo conozco. Iré en media hora.

—Te espero, Marcel.

Regresé junto a Ana, que había pedido dos *whiskies*.

—¿Hablaste con tu amigo? —preguntó.

—Sí, vendrá aquí.

—¿Se lo creyó?

—Le di algunos detalles de la historia que deben haberlo convencido. Ana dio un suspiro.

—Bueno, al fin va a terminar todo felizmente.

—Eso espero.

—¿Todavía lo dudas?

—Esos fanáticos son duros. El Deuxiéme Bureau tendrá que trabajar a fondo para desmantelar el complot. Pero ya no es cuestión nuestra —toqué el bolsillo donde guardaba el sobre con los dos boletos del avión—. Regresaremos a Nueva York esta misma noche.

—¿Sabes una cosa, Jonathan?

Bebí un trago y la miré interrogativamente.

—¿Qué se te ocurre, Ana?

—No me gustaría volver al colegio.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero la vida que se hace por fuera.

—No sabes lo que dices.

—Me crees una chiquilla, ¿eh?

—Lo eres.

—¿Cómo tengo que demostrarte que ya soy una mujer?

—Lo que quiero decir es que todavía no acabaste tu educación, y otra cosa más importante: ¿no has visto qué clase de mundo es éste?

—Ya estoy preparada para enfrentarme a ese mundo. ¿Quién de mis compañeras podría tener una experiencia mejor que la mía? He conocido a un investigador privado, a asesinos profesionales, a una mujer aventurera… ¿Y sabes lo que te digo, Jonathan? Encuentro

excitante esta clase de vida. Te envidio.

—¿Ves cómo tenía razón? No sabes lo que dices. Esta vida que tú envidias está llena de trampas, de mentiras.

—Las trampas y las mentiras están en todas partes. No hace falta que uno sea investigador privado para encontrarlas en el camino.

—Abandona esa filosofía. No llegarás con ella a ninguna parte.

—¿A dónde has llegado tú, Jonathan?

—Mi caso es distinto.

—¿Por qué?

—Es bien sencillo: porque me gusta enfrentarme con la gentuza y, sobre todo, me divierte estropearles sus planes…

—¿No lo haces por dinero?

—Si el dinero fuese importante para mí, me habría dedicado a vender aspiradoras y neveras. Es a lo que estaba destinado. Mi padre tenía un almacén de esa clase en Lincolnville, Missouri… Estuve algún tiempo atendiendo a la clientela hasta que me cansé. Tengo un hermano tres años menor que yo. Le dije que me pagase por la tienda lo que quisiese, y me largué a Nueva York. Parece que fue ayer, y ya han pasado siete años de eso…

—¿Te has enamorado alguna vez?

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente. No te hagas el distraído.

—Muy bien, te oí.

—Entonces, respóndeme.

—Sí, creo que me he enamorado alguna vez.

—¿Más de una?

—La verdad es que me enamoro en cada caso que intervengo, y te prohíbo que pienses que siento por ti algo más que una mera simpatía.

—Entonces, ¿de quién te has enamorado ahora? Y no me digas que es de la rubia.

—Tiene buen tipo y posee seducción.

Ella saltó del taburete, abrió ligeramente las piernas y puso un brazo en jarras.

—¿No poseo yo seducción?

Tragué saliva. Aquel diablillo tenía seducción como para poner un almacén en París y exportarla en botellitas de esencia.

—No estás mal.

Sus ojos chispearon.

—¿Tengo más que Dominique?

—Oh, sí, mucho más.

—Lo dices como un cumplido, ¿verdad? Apuré el *whisky* de mi vaso y fui a pagar.

Entonces, Ana me dio un golpe en la rodilla y perdí el equilibrio. Tuve que sujetarme a ella para no caer, y la abracé.

Ana entreabrió los labios mientras me miraba profundamente a los ojos. Me sentí perdido.

—Hola, Jonathan —dijo una voz.

Era Marcel Gros, y su llegada fue como el golpe de campana para un boxeador que se está tambaleando.

Me aparté de Ana y estreché la mano de Marcel. Luego presenté a Ana.

—Eh, Jonathan, estaba preparado para encontrarme con una chiquilla con pecas, feúcha, y ella es una maravillosa mujer.

Ana sonrió halagada.

—Gracias, Marcel, usted es un hombre —acompañó aquellas palabras con una mueca hacia mí.

—Marcel —dije—, ahora lo importante es el asunto del atentado, y no hablar con chiquillas.

Ana me soltó una patada, pero esta vez me pilló prevenido y salté a tiempo.

Marcel encontró aquello muy divertido, porque se echó a reír de buena gana. Luego me dio una palmada y dijo:

—No tienes de qué preocuparte. Ya lo tengo, todo listo. Llamé a mi jefe, y nos está esperando en su casa. Me contarás la historia en el camino, y luego se la repetirás a él.

—Magnífico —asentí.

Salimos del bar y nos metimos en su coche.

Marcel condujo a través de calles del viejo París. Luego salimos de la ciudad. Mientras hacíamos el recorrido, le conté la historia. De vez en cuando, Marcel soltaba algún gruñido, pero no me interrumpía haciendo preguntas. Cuando hube terminado, mi amigo dijo:

—Es lo más serio que hemos tenido hasta ahora. Quiero decir que, teniendo en cuenta los cadáveres que hay en este caso, está claro que esa organización de fanáticos ha tomado la cosa en serio.

—Dijiste que la palabra Claremont tenía sentido para ti.

—Desde luego.

—¿Qué quiere decir?

—Será mejor que mi jefe te lo explique. Ya estamos llegando.

El coche entró por un gran portón y corrió por un camino bordeado con árboles con ramas desnudas. El amplio jardín estaba cubierto de nieve.

Una casa estilo siglo XVIII se alzaba en el fondo.

Marcel detuvo el coche ante la escalera. Luego subimos los tres y, como si estuviesen esperando nuestra visita, se abrió la puerta de la casa.

Un criado de patillas largas se inclinó para saludarnos.

—¿El señor Surmont? —preguntó Marcel.

—Los espera en la biblioteca, señor Gros —dijo.

Seguimos a Marcel por el vestíbulo, cuyas paredes estaban adornadas con copias de cuadros famosos.

Entramos en la biblioteca.

Un hombre estaba sentado en un sillón. Frisaba en los cincuenta y cinco años, poseía cabello blanco y ojos verdosos. Vestía un elegante traje oscuro y en su corbata roja exhibía un brillante del tamaño de una avellana.

—Señor Surmont —dijo Marcel—. Éste es mi amigo Jonathan Temple. La señorita que lo acompaña es Ana Martin.

Aquel hombre se levantó del sillón. Primero le dio la mano a Ana, dedicándole una sonrisa.

—Encantado, Ana. Es usted muy bonita.

—Gracias, señor Surmont. Luego estrechó mi diestra y dijo:

—Al parecer, es usted un hombre duro, señor Temple.

—Lo soy para mis enemigos.

—Sí, desde luego, y por ello me alegro mucho de que al fin lo hayamos cazado.

Sentí que la sangre se me helaba en las venas. Volví la cabeza hacia Marcel, que había quedado a mi espalda, y vi que me estaba apuntando con una pistola.

—Sí, Jonathan —dijo—. Las cosas están así, y tú no vas a impedir que el general muera.

CAPÍTULO XI

—Marcel, ¿quién es este hombre? —pregunté, señalando al tipo del cabello gris—. Y no vuelvas a repetir que es tu jefe; no lo creo.

—No pertenece al Deuxiéme Bureau, si es eso lo que quieres saber.

—Pero tú eres del Deuxiéme Bureau.

—Desde luego.

—¿Vas a traicionar al juramento que prestaste?

—No hablemos de eso.

Ana dio dos pasos hacia Marcel.

—Es usted un canalla, señor Gros.

—A callar, nena.

—Se supone que cobra un sueldo para proteger a su presidente.

—Es un sueldo que no sirve para mucho.

—Si quería más dinero, ¿por qué infiernos no se dedicó a otra cosa? El hombre del cabello blanco, llamado Pierre Surmont, intervino:

—No me gusta que hablen a gritos a mi alrededor.

—Pues me va a tener que oír, anciano —gritó con más fuerza Ana. El señor Surmont no perdió la sonrisa mientras decía:

—Marcel, si ella vuelve a gritar, métele una bala por su linda naricilla.

—Así lo haré, señor Surmont.

Ana fue a protestar de nuevo, pero salté sobre ella y le puse una mano en la boca.

Pasados unos segundos me di cuenta de que ya no había ningún peligro, y retiré la mano de los labios de Ana.

—Señor Surmont —dije—, soy ciudadano americano.

—Enhorabuena.

—Tengo detrás de mí al
F. B. I.

—¿Es eso verdad, Marcel?

—En absoluto. No hay nadie detrás de ellos. Trataron de establecer contacto con el F. B. I, en su país, pero no lo consiguieron…

—Eso es lo que te conté, Marcel. Pero no fue la verdad.

—¿No? —sonrió Marcel.

—Hubo un funcionario del F. B. I, que lo tuvo en cuenta. Ya está en París, y se pondrá en contacto con nuestra Embajada.

Marcel hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Es ahora cuando mientes, Jonathan. Me contaste la verdad mientras hacíamos el viaje hacia aquí. Entonces no tenías ningún motivo para sospechar de mí.

Pierre Surmont se frotó las manos y dijo:

—La suerte está echada, señor Temple. Hemos hecho cuanto hemos podido por evitarle que pasase este mal rato, pero usted no quiso oír nuestros consejos.

—Ahora que lo pienso, creo que los oiré.

—Demasiado tarde, señor Temple.

—Disculpe, señor Surmont, nunca es tarde si la dicha llega.

—Nunca me han gustado los proverbios, señor Temple, y en este caso no estableceré la excepción… Desaprovechó sus oportunidades y debe pagarlo.

—¿Cuál es el precio?

—Su vida, señor Temple.

—Debe estar bromeando.

—No, no bromeo y usted lo sabe. Señalé a Ana.

—¿Qué hay de ella?

—Lo siento, pero correrá la misma suerte que usted.

—No es necesario que a ella la maten.

—No tenemos otra alternativa.

—Espere un momento, señor Surmont… Ella es una chiquilla.

—Pero sabe mucho.

—Ana no va a decir nada, y suponiendo que lo haga, ¿quién la creería?

—Yo sé cuándo la creerían, señor Temple. Mañana, después de las once, todo el mundo estaría dispuesto a dar crédito a la historia

de Ana.

—Pero ella es una criatura inocente.

—No tan inocente, señor Temple, puesto que fue ella quien lo puso a usted en marcha. Hizo entrechocar los dedos y agregó:

—Esta entrevista terminó, señor Temple. Fue un honor conocerle. Señorita Martin, me tiene a sus pies.

—Eso es lo que yo quisiera, que estuviese a mis pies para pisarle el cuello —contestó Ana.

Aquello hizo mucha gracia a Pierre Surmont. Se echó a reír y dijo:

—Eres un simpático diablillo, Ana.

—Y usted un sapo con ampollas. Marcel intervino:

—Es mejor que dediquéis vuestro tiempo a recordar algo hermoso.

Ahora me di cuenta de que había puesto un silenciador. ¿Para qué infiernos lo necesitaba si estábamos en aquella casa que era su guarida? Diablos, ya había olvidado que a Pierre Surmont no le gustaba que le gritasen, y seguramente también le molestaban los disparos de una pistola.

—Espera un momento, Marcel —dije.

—Ya se te acabó el tiempo.

—Señor Surmont, ¿no cree que nos debe una explicación? Quiero decir que no es honesto que vayamos a morir sin saber a quién representa usted.

—Represento a una organización internacional.

—¿Cómo se llama?

—«Supermundo».

—Vaya, eso es divertido. Hasta ahora yo sólo conocía a «Supermundo». ¿Qué es «Supermundo», señor Surmont?

—Un grupo de hombres dispuesto a regir nuestro planeta.

—Qué sorpresa. ¿Y cuántos son?

—Seis.

—¿Dónde están?

—En diversas partes del globo.

—¿Usted es uno de ellos?

—Sí.

—Pero no es el jefe…

—No. Yo sólo soy el representante francés.

—Me temo que no les comprendo. ¿Qué tiene que ver la muerte del general con el negocio de ustedes?

—Mucho, porque su forma de gobernar no nos gusta. Quiero aclararle algo, señor Temple. Nuestra organización no tiene un carácter político, quiero decir que no gobernará a la vista de los ciudadanos. Seguiremos conservando nuestro carácter de sociedad secreta. «Supermundo» es, lisa y llanamente, una organización que fiscalizará el poder. Con ello quiero decirle que en los gobiernos de los países clave siempre tendremos dos o más representantes. Naturalmente, eso no será del dominio público. Por ello, estamos en condiciones de crear una revolución en cualquier parte, siempre que convenga a nuestros intereses. El presidente francés es un tremendo muro que se alza ante nosotros… Sus últimos actos están totalmente en desacuerdo con nuestra política…

—¿Desde cuándo están funcionando ustedes?

—Cinco años.

—Debe haber trabajado mucho durante este tiempo.

—Sí, señor Temple, mucho. Hemos derribado media docena de gobiernos, organizados disturbios en una docena de países, y también hemos acabado con hambres muy importantes.

—Así que son responsables de la muerte de algunos jefes de gobierno y presidentes…

—Sí, señor Temple. Nosotros hemos sido los promotores de que esas personas hayan desaparecido física y políticamente… Pero nunca habíamos cometido un acto tan importante, tan trascendental como el de ahora… El presidente francés es toda una personalidad en el campo Occidental… Hasta ahora hemos estado posponiendo su desaparición. Durante mucho tiempo estudiamos los efectos que produciría la falta del general De Gaulle en el palacio del Elíseo. Veíamos las ventajas y los inconvenientes, y, como parados, los inconvenientes eran mayores que las ventajas. Gracias a ello, el presidente ha continuado viviendo… Pero con el tiempo, las ventajas han aumentado, y paralelamente, han disminuido los inconvenientes… ¿Se da cuenta, señor Temple? Nuestro funcionamiento es perfecto…

—Ya veo que «Supermundo» es una organización modelo.

—Me halaga oírle decir eso, señor Temple.

—Me gustaría conocer al jefe de ustedes.

—Lo siento, señor Temple, pero no lo conocerá, aunque muy pronto llegará a París, exactamente dentro de una hora y unos minutos…

Yo estaba decidido a conocer a aquel individuo. Para eso tenía que librarme de la pistola de Marcel y salté sobre él.

Sonó un suave estampido. La bala picoteó en la pared.

CAPÍTULO XII

Marcel y yo caímos rodando por la alfombra.

Mi ex amigo, el traidor del Deuxiéme Bureau, perdió la pistola. El hombre del cabello blanco corrió hacia el arma.

—¡Cuidado, Ana! —grité.

Ana hizo la zancadilla al hombre del cabello blanco, el cual cayó en el suelo.

Marcel aprovechó que tenía yo la cabeza vuelta, para pegarme un puñetazo entre los dos ojos, y creí que me desmayaba.

—¡Suéltame, maldito! —exclamó, pero yo no lo podía soltar, porque no me interesaba irme al otro mundo, y eso es lo que ocurriría cuando él se apoderase otra vez del arma.

Seguimos rodando hasta golpear contra la pared.

Esta vez la peor parte le correspondió a Marcel porque recibió un fuerte golpe en la cabeza.

Oí chillidos de Ana a mi espalda. Estaba peleando con Pierre Surmont, el cual la había atrapado por el cuello, y trataba de estrangularla.

Le solté un puñetazo a Marcel y lo dejé sin mentido. Entonces me puse en pie. Surmont había logrado desembarazarse de Ana y se estaba apoderando de la pistola. Saqué el quitapenas de «Bigote de Morsa» y me puse a disparar.

Surmont recibió una bala en el pecho y otra en el cuello, y no contó ni con un segundo para poder utilizar la pistola con silenciador. Se vino abajo como un muñeco.

Aquella casa era la mar de misteriosa. Con todo aquel jaleo no se había abierto la puerta. Continuábamos allí las mismas personas, aunque una estuviese muerta.

«Supermundo» ya no contaba con seis miembros, sino con cinco,

porque acababa de perder el representante francés.

—Jonathan, estoy como un témpano —dijo Ana.

—Algunas casas francesas tienen mala calefacción. Marcel soltó un gruñido mientras volvía en sí.

Besé a Ana en la punta de la nariz y me acerqué a mi ex amigo. Al verme con la pistola en la mano soltó una maldición.

—¿Dónde está Surmont?

—Contándole sus planes al mismísimo demonio.

—¿Muerto?

—De la cabeza a los pies.

Marcel se levantó tambaleándose. Era un viejo truco de modo que le pegué con el cañón del revólver antes de que pudiese llegar a mi lado.

Ahora tuvo motivos para tambalearse. Se apoyó en la pared, y mirándome dijo:

—Jonathan, debes estar con nosotros.

—¿Con «Supermundo»?

—Sí.

—¿Qué voy a ganar?

—Puedes pedir lo que quieras.

—¿Mil millones de dólares?

—Yo hablaba en serio. Son gente poderosa. Surmont no te engañó. Tienen el control de muchos países. Algunos los gobiernan directamente, otros están sometidos a ellos por resortes económicos. Controlan Bancos, fábricas de armamento, grandes monopolios periodísticos…

—Me estás poniendo la carne de gallina.

—Te digo la verdad.

—Sí, sólo falta que digas que también van a controlar el oxígeno que respiramos.

—Prácticamente, ocurrirá eso.

—¿Cuándo?

—Muy pronto. ¿Por qué crees que me vendí a ellos?

—Porque eres un miserable resentido. Tú mismo lo dijistes. Tu sueldo era pequeño. Aún recuerdo lo que pasó en Río de Janeiro. Te gustan las mujeres y eres tan idiota que pagas por ellas…

—Todo hay que pagarlo.

—Yo tengo lo que deseo y no necesito traicionar a nadie, ni

siquiera a un cliente…

—Siempre has sido un hombre práctico, Jonathan.

—Gracias por recordármelo.

—Ser práctico ahora significa que debes ponerte al lado de «Supermundo».

—¿Tú crees?

Tenía que vigilar a Marcel y la puerta y dije a Ana:

—Ana, coge la pistola con silenciador y apunta a nuestro próximo visitante. La joven obedeció.

Marcel habló de nuevo.

—Jonathan, en la organización hay un lugar para ti.

—Tendré que pensarlo, y para ello me falta información. ¿Quién es el jefe?

—No lo sé.

—¿Quiénes son los otros?

—También lo ignoro.

—Marcel, ¿quieres que te aplaste la nariz a culatazos? No me gustaría.

—Te juro que no sé nada acerca de los otros miembros.

—No lo puedo creer.

—Pierre Surmont me enroló para «Supermundo».

—¿Cuántos franceses más hay metidos en esto?

—No conozco a nadie.

Di un paso amenazador y Marcel gritó:

—¡Te aseguro que no te miento!… Es una organización secreta. No confían en nadie, y es lógico que sea así. Quiero decir que nosotros no debemos conocer a los jefes. Cada representante como Surmont es responsable de un determinado sector… Surmont no sólo actuaba en Francia, sino en no menos de ocho países de Europa occidental, y una docena de africanos…

—¿Qué otra gente hay en la casa?

—Cuatro criados, pero quizá ellos no sepan nada.

—Imagino que Surmont debía estar dedicado a algo, aunque sólo le sirviese como pantalla.

—Sí, desde luego.

—¿Qué hacía?

—Fabricaba quesos.

—¿Es un chiste?

—También fabricaba otras cosas. Era dueño de grandes bodegas en Burdeos y poseía paquetes de acciones en importantes sociedades anónimas.

—¿Casado?

—No.

—El ya está muerto. Supón que te dejase en libertad. ¿A quién tendrías que comunicar su fallecimiento?

—No sé una palabra de eso.

—Me estás cansando con tus negativas, Marcel. Le pegué con el cañón del revólver en la clavícula.

No me gusta castigar a un prisionero, pero Marcel se merecía aquello y mucho más. Habíamos sido amigos, y él me había preparado una encerrona. Unos minutos antes estaba dispuesto a apretar el disparador de su pistola contra mí y contra Ana.

—Contesta, Marcel, ¿a quién tenías que avisar?

—Debo marcar un número telefónico y anunciar que Pierre Surmont ha muerto.

—¿Y quién estará a la otra parte?

—No lo sé. Te lo aseguro, Jonathan.

—Está bien. Vas a marcar ese número.

—Muy bien.

—Pero date prisa o me pondrás nervioso.

Marcel echó a andar hacia la mesa. Yo fui tras de él. Descolgó el receptor, pero antes de marcar el número gritó:

—¿Sabes que vas a conseguir con esto? Que acaben con nosotros y con la muchacha.

—Marca.

Marcel compuso el número en el dial.

—Siéntate en ese sillón —le ordené.

Ocupó el sillón y yo me puse al lado, en el brazo, casi encima de Marcel, para escuchar lo que llegase de la otra parte.

Estaba zumbando el timbre y al fin atraparon el auricular.

—¿Quién llama? —dijo una voz femenina que ya conocía, porque era la de Dominique.

CAPÍTULO XIII

—Soy Marcel Gros —dijo mi prisionero.

—Señor Gros, usted sabe que sólo puede marcar este número en caso de una emergencia grave —dijo Dominique.

—Ya se produjo la emergencia grave.

—¿Qué pasa, señor Gros? —preguntó Dominique.

—Se trata de Pierre Surmont… está muerto.

—¿Cómo?

Le hice una nueva señal a Marcel.

—Pierre Surmont ha sido muerto por Jonathan Temple.

—¿De qué está hablando, señor Gros? ¡Usted era responsable de Jonathan Temple!

—Todo salió bien, hasta que llegamos aquí.

—¿Y qué pasó ahí?

—Jonathan Temple mató a Pierre Surmont, y huyó con Ana Martin…

—¿Qué hacía usted entretanto?

—Me dejó sin sentido.

—Señor Gros, ha faltado gravemente a su deber.

—Lo sé.

—Se reunirá conmigo inmediatamente.

—¿Dónde debo ir?

—¿Conoce la casa de modas de Marie Galante?

—Desde luego.

—Se celebra una fiesta con motivo de un desfile de modelos. Habrá mucha gente. Nos veremos allí…

—De acuerdo.

—Le espero dentro de una hora.

—No faltaré.

—Señor Gros, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente. Sólo sufrí una pequeña herida en la cabeza.

—¿Hay alguien con usted?

—Nadie. Bueno, sólo el cadáver de Pierre Surmont. ¿He de ocuparme de él?

—No. Los criados sabrán qué hacer. Después de esto, Dominique colgó.

Habían quedado aclaradas unas cuantas cosas, pero la más importante de todas era la relativa a los criados. Seguro que nos estaban esperando.

Como si hubiesen oído la voz de ataque, se abrió la puerta, y entró el patilludo con un rifle de largo alcance.

Comprendí sus intenciones de probar su puntería, pero no le di tal satisfacción.

Apreté el gatillo, y le mandé un obús que le sentó muy mal porque fue alcanzado en mal sitio, entre la barbilla y la nariz.

Marcel estaba todavía en el sillón y no tuvo oportunidad para hacer nada contra mí.

—Levántate, Marcel, y ve delante de nosotros.

—Me matarán los otros criados.

—Si lo hacen, te lo habrás buscado.

—Jonathan, no puedes hacer esto conmigo.

—A callar, y ve delante.

—Deja al menos que lleve un arma. Te doy mi palabra de que dispararé contra ellos y no contra vosotros.

—Apelación rechazada —le dije y lo obligué a que se levantase.

Echó a andar con paso vacilante, hacia la puerta mirando al paso el cadáver de Pierre Surmont y el del criado.

Al llegar al hueco, se detuvo y volvió la cabeza implorante.

Atrapé el rifle que había utilizado el criado y entonces le lancé la pistola a Marcel, el cual la alcanzó al vuelo.

Me apuntó con el arma, pero yo lo estaba apuntando con el rifle.

—Recuérdalo, Marcel, lo vas a utilizar contra ellos.

—Seguro.

—Entonces, sal.

Marcel echó a andar y lo hizo con precaución. Se acercó al hueco y se detuvo mirando hacia el vestíbulo. De pronto hizo fuego.

Se oyó un grito y un cuerpo cayó de lo alto de la escalera y se

estrelló en el suelo. Marcel volvió la cabeza.

—Ya lo ves. Cacé a uno de ellos.

En ese momento sonó otro disparo. Marcel soltó un grito y se derrumbó.

El hueco quedó libre, y pude ver al individuo que había alcanzado a Marcel. Estaba detrás de una columna y se disponía a disparar contra mí.

Apreté el gatillo del rifle y sonó un cañonazo.

El tipo voló por el aire como un espantapájaros impulsado súbitamente por un huracán. Golpeó contra la barandilla de la escalera y parte de él se quedó allí, y el resto cayó abajo.

Se hizo un silencio en la casa.

La servidumbre había quedado muy reducida porque tres criados, o lo que fuesen, se habían ido al infierno con su amo.

Me acerqué a Marcel y lo vi con los ojos abiertos. Había recibido el plomo en la boca del estómago. Ni siquiera se había quejado. Después de todo, él había querido finalizar su vida.

Ana estaba a mi lado.

—¿No quedará más gente? —preguntó.

—No lo sé, pero ponte detrás de mí. No podemos quedarnos aquí el resto del año.

—Sí, Jonathan.

Salimos de la habitación y nos pusimos a caminar hacia el vestíbulo. No veíamos a nadie.

Llegamos al vestíbulo.

Fue entonces cuando vi al tipo que estaba en lo alto.

Disparamos casi al mismo tiempo, pero yo le gané por una décima de segundo, lo bastante para desviar su brazo.

Su proyectil golpeó contra la puerta por encima de mi cabeza.

El fulano ya no podía hacer ningún disparo porque mi rociada de plomo le había pillado de lleno la cabeza.

—Aprisa, Ana.

La muchacha abrió la puerta y los dos salimos.

Cerré la puerta y dije:

—Aquí van a trabajar en grande los de las pompas fúnebres.

Miramos por los alrededores del auto, pero no se veía ningún enemigo. Nos metimos en el coche de Marcel Gros, y Ana lo puso en marcha.

Poco después estábamos otra vez en la carretera, de regreso a la ciudad de las luces.

—¿A quién vas a pedir ayuda, ahora, Jonathan?

—A nadie.

—Debes intentarlo otra vez con Deuxiéme Bureau.

—Oh, sí, claro. Pediré auxilio a otro funcionario del Deuxiéme Bureau, y nos levantará la tapa de los sesos.

—No puedes creer en serio que todo el mundo está con ellos.

—No, pero ya no podemos elegir. Las agujas del reloj corrieron mucho y seguirán sin detenerse. Tendré que resolver esto por mi propia cuenta.

—Inclúyeme a mí.

—No, nena, desde ahora quedas excluida.

—¿Qué quieres decir?

—Que te apartarás de esto.

—No puedes dejarme fuera. Tú no puedes contra todos.

Le sonreí. Era muy valiente aquella muchacha, pero había llegado el momento de pegar fuerte y duro, y lo haría mucho mejor si Ana no estaba cerca de mí.

—Te voy a dejar en un hotel, pequeña.

—Como tú quieras.

—Así me gusta. Que seas obediente.

Le dije por donde tenía que ir y poco después llegamos al hotel Sicilia.

Conocía al dueño, Jacques Cossard, un argelino que, cuando se armó lo del norte de Africa, emigró a París y compró aquel negocio.

Jacques era un grandullón con cara de gorila.

Me apretó la mano y estuvo a punto de dejarme manco. Hice las presentaciones y luego dije:

—Ana se va a quedar contigo hasta mañana, Jacques: No quiero que salga a la calle por ningún concepto.

Ana protestó:

—Eh, quiero conocer París. Es la primera vez que estoy aquí. No puedo marcharme sin pasear por sus calles.

—Ya habrá tiempo para eso.

Hizo un gesto de niña que se queda sin postre como castigo.

—Está bien, Jonathan. Me quedaré con Jacques. Puse la mano sobre el hombro de mi amigo.

—Jacques, no te puedo contar nada ahora, pero ella y yo estamos metidos en un lío que ha hecho correr mucha sangre… Sé que no nos han seguido, pero todas las precauciones que tomes serán pocas.

—No te preocupes, Jonathan, si alguien viene a hacerle daño a la muchacha, le casco la cabeza como una nuez.

—Confío en ti.

—Elegiste al mejor tipo.

—Gracias, Jacques.

Hice un saludo y eché a andar hacia la puerta.

—Espera, Jonathan —dijo Ana.

Corrió a mi lado y tomó una de mis manos entre las suyas.

—¿Qué hago yo si te matan?

—Jacques se ocupará de dejarte en el avión de Nueva York.

—Pero entonces cometerán el atentado…

—Sentiría mucho que eso llegara a ocurrir, pero te estarás quieta.

—No quiero que mueras, Jonathan.

Antes de que pudiese impedirlo, me echó los brazos al cuello y me besó en la boca. Me desembaracé de ella como pude, y salí a la calle.

Ya en el auto de Marcel, me dirigí a la rué de la Paix, donde se ubicaba la casa de modas de Marie Galante.

Mi intención era atrapar a Dominique. Hasta ahora no había hecho un solo prisionero, y eso era lo que me podía servir. Por añadidura se trataba de la rubia del abrigo de astracán, que estaba demostrando ser una personalidad en aquella organización con el extraño nombre de «Supermundo». En Nueva York, Dominique se había encargado de apartarnos del asunto, la habíamos encontrado a nuestra llegada a París, y por si faltaba poco, cuando Marcel Gros marcó un número para un caso de emergencia, fue su voz, la de Dominique, la que contestó desde el otro extremo del cable.

Dejé el coche donde pude y me dirigí a la casa de modas. Vi entrar a gente muy estirada.

Un portero galoneado pedía las invitaciones. Yo no llevaba la mía. Atrapé un billete de cinco dólares y al llegar ante él se lo ofrecí.

El tipo miró el billete y me echó un vistazo a la cara. Creí que

iba a protestar, pero atrapó el dinero y me hizo una señal para que entrase.

La fiesta era la que correspondía a una ciudad como París. Se veía mucha gente distinguida.

Me fui derecho al buffet.

Las fuentes de viandas eran atacadas con ejemplar educación y las copas vaciadas con exquisita rapidez.

Comí y bebí algo.

Una mano tiró de mi brazo.

Me volví y contemplé ante mí a una joven de cabello rojizo, muy mona, de nariz respingona, y ojos ardientes.

—Yo te conozco a ti, pero no sé de qué —mascullé.

—Del hipódromo.

—Nunca voy a las carreras.

Yo ignoraba quién era ella, naturalmente, pero tenía que andar con pies de plomo, por si me la enviaba Dominique.

Ella me estaba observando escrutadoramente.

—Ya sé de qué te conozco.

—¿Sí? —Pude decirle.

—De otra fiesta como ésta —contestó ella con la mayor naturalidad—. Te pusiste a cantar y a cantar.

—Tengo muy mala voz.

—Pero tú cantabas y debes cantar ahora. Estaba ebria.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Wanda.

—De acuerdo, Wanda, voy a cantar.

—Que bien.

—Pero el doctor me recomendó que no lo hiciese antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo?

—Debo comer mi ración para que esté fuerte cuando suelte el do de pecho.

—¿Cuánto tardarás?

—Como media hora.

—Entonces volveré contigo.

Wanda se marchó balanceándose un poco, con lo cual concedió a su cuerpo mayores atractivos.

Un tipo rechoncho estaba a mi lado. Parecía haber brotado del

suelo. Me sonrió.

—No haga caso a Wanda.

—¿La conoce?

—Es popular en todas estas exhibiciones. Se emborracha enseguida, y obliga a cantar al hombre que más le gusta.

—Debo sentirme halagado.

—Quizá usted lo haga bien.

Me pregunté si aquel tipo me hablaba con intención. Tal como estaban las cosas, eso podía ocurrir.

Él estaba cogiendo bocadillos de la mesa y poniéndolos en una pequeña bandeja. Finalmente hizo un saludo con la mano y también se alejó.

Saqué un cigarrillo y una mano me ofreció la llama de un encendedor. La mano pertenecía a un brazo desnudo.

Encendí el cigarrillo, y dije:

—Hola, Dominique.

Ella dio unos pasos y se puso delante de *mí.*

Dominique estaba muy hermosa con un vestido de escote generoso, y ya no era rubia, sino morena.

—Tienes un buen juego de pelucas, querida.

—Son de lo mejor, ¿verdad? Me las hacen para mí en Londres.

—Eres una mujer internacional.

Me mostró un encendedor en donde había grabado un dragón.

—Esto me lo regaló un chino. En
Hong-Kong.

—¿También pertenece él a la pandilla?

—¿Eh?

—«Supermundo». Sus labios sonrieron.

—Eres un tipo duro, Jonathan. Debí suponer que ese estúpido de Marcel Gros no podría contigo… Y ya no tuve duda de ello cuando me habló por teléfono. Estuvo claro para mí que tú estabas a su lado, apuntándole con una pistola.

—De modo que no te he dado la sorpresa.

—En absoluto, aunque, en cierto modo, las cosas no han salido como yo quería —hizo una pausa—. Pensé que traerías contigo a la chica.

—Ella renunció a proseguir la aventura.

—No lo creo. Estoy segura de que ella deseó acompañarte, y tú

la has retirado de la circulación. ¿Dónde la dejaste?

—Cariño, no esperarás que te lo diga…

—No, ya lo sé.

La joven tomó dos copas de champaña y me ofreció una.

—¿Por quién es el brindis? —pregunté.

—Por ti y por mí.

—¿Y qué es lo que celebramos?

—Tu ingreso en «Supermundo». Bebimos un trago mirándonos a los ojos.

—Está bien, nena. Ingresaré, pero quiero dejar bien sentadas mis condiciones.

—No te preocupes del sueldo.

—Quiero hablar con el jefazo.

—«Supermundo» sabe pagar bien.

—Prefiero arreglármelas con el jefe supremo.

Dominique no contestó al pronto. Puso la copa en la mesa y dejó correr unos segundos. Finalmente dijo:

—De acuerdo, Jonathan. Vas a conocer al jefe supremo. Se puso en marcha y yo fui detrás.

Mi bombilla roja mental se encendió. Otra vez estaba en peligro, pero eso era lógico porque estaba cometiendo la mayor tontería de mi vida.

CAPÍTULO XIV

Abandonamos la sala en donde se estaba celebrando la fiesta y caminamos por un corredor.

Vi dos puertas a la derecha, pero Dominique no se detuvo ante ninguna de ellas. Más allá había un ascensor. Subimos en él.

Para entonces ya me estaba llamando idiota y media docena de lindezas más. Sin embargo, tenía que sonreír a Dominique.

—¿Hay sesión plenaria, querida?

—Sí.

Y yo estaba allí, solo, pero tenía una pistola. Lástima que no me hubiese traído el rifle de cañón largo, pero hubiese abultado mucho.

Salimos del ascensor, y alguien que surgió por la derecha me golpeó en el cuello.

Me tambaleé hacia la pared de enfrente, primero porque me estaba ahogando y, en segundo término, porque me convenía alejarme de aquel elefante que me había golpeado con la trompa.

Choqué el hombro contra la pared y me di impulso para volverme. Siempre se completa el giro con la pistola en la mano, gracias a que uno antes ha ido tomando precauciones haciendo los movimientos precisos.

Nunca me había fallado.

Esta vez fue la primera. El elefante me volvió a trompear.

A decir verdad me pegó un patadón en la muñeca y la pistola se fue por el aire. Luego el tipo se me echó encima dispuesto a convertirme en picadillo.

Le vi la cara. Era feo, y no tenía un solo cabello. Su cabeza estaba rapada, como una bola de billar. Poseía un cuello de un búfalo, y su tórax era enorme, pero lo más interesante eran sus manos de estrangulador.

Y yo era el tipo que él iba a estrangular. Ya iba a cazarme por el cuello.

Me dejé caer y levanté los pies.

El tipo se fue por el aire, en un giro completo, pero el muy condenado sabía caer y lo hizo de espaldas.

Me lancé en zambullida sobre la pistola, pero antes de que llegase junto al arma, un piececito muy mono pegó un patadón, alejándola cinco metros por el corredor.

Dominique, la dueña del piececito, rió.

—Pelea como un hombre.

Habría peleado aunque ella no me hubiese dado aquel consejo, porque el tipo que estaba a mi lado soltó un bufido, y la oleada de aire casi me derribó.

Giré hacia él, y lo vi a un par de metros, las piernas arqueadas, los brazos separados del cuerpo.

Me recordó al genio de la lámpara de Aladino, y por unos momentos busqué en la mente una palabra útil para que aquel monstruo desapareciese. No, no lo iba a conseguir de modo que abandoné el intento.

El sujeto ya estaba en marcha.

—Pártelo en dos, Ubu —dijo Dominique.

Ubu soltó unos gruñidos ininteligibles.

Entonces comprendí lo que pasaba. Era una bestia que no había leído a Darwin, y, por tanto, se perdió la oportunidad para evolucionar y convertirse en un hombre, y lo peor del caso era que yo no tenía tiempo para convencerle de que debía irse a la selva.

Avanzó hacia mí con los ojos chispeantes, la boca entreabierta, soltando baba.

—Eh, Ubu —dije—, vuelve a la jaula y te llevaré un puñado de castañas. Arrugó la nariz. No le gustaban las castañas.

Saltó como un auténtico gorila, con los pies por delante, me los plantó en el pecho y me derribó.

Creí que ya no podría levantarme, todas mis costillas se habían quebrado, el corazón me había salido por la espalda. Tenía que ser así, porque no podía llevar ni una brizna de oxígeno a mis pulmones.

No sé de dónde saqué fuerzas para ponerme en pie.

El tipo atacaba otra vez. Me lancé sobre él de cabeza y le solté

un testarazo.

Un tipo normal habría tenido bastante para irse al otro mundo. Pero Ubu no era un tipo normal. Logré hacerle caer, pero quedóse sentado, perplejo porque un mosquito se hubiese atrevido a darle un picotazo. Aproveché su desquite para pegarle un puntapié en la mandíbula.

Fui yo el que lancé un aullido de dolor, porque creí que el muy cochino me había partido el pie.

Ubu se sintió muy molesto por aquellos golpes. Me pegó un manotazo.

Esta vez logré evitar que me pillase de lleno, pero rodé por el corredor, llegué junto a la pistola, y la cogí.

Ubu lanzó un chillido, y echó a correr.

—Quieto —le dije.

¿Probaron a detener un tren con una pistola, un orangután gigante con un rifle, un dinosaurio con una honda?

Apreté el gatillo.

El proyectil golpeó en el pecho de Ubu, y él siguió corriendo hacia mí. Disparé otra vez a la cabeza.

Su cara no estaba protegida y un obús siempre es un obús. Se quedó quieto, soltó unos gruñidos y se desplomó.

Creí que yo también iba a caer porque habían bastado tres golpes de Ubu para que tuviese la impresión de que había estado boxeando treinta asaltos con Casius Clay, el ídolo de mi amigo Jim Dapple.

Dominique echó a correr.

—Párate, nena, o hay otra bala para ti.

Se detuvo porque mi voz sonaba amenazadora.

—Yo no sabía que él estaba aquí —dijo.

—Claro, tú eres una pobre muchacha ingenua, y no sabías que te metías en la boca del lobo, pero ahora vas a obedecer, cariño. ¿Dónde está el jefazo, o ya olvidastes que veníamos a eso?

—Jonathan, márchate.

—No.

—Lo digo por tu bien. Ahora puedes llegar a la calle…

—No quiero perderme el espectáculo, y hasta ahora sólo vi un número.

—Como tú quieras.

—Déjate de trampas, Dominique. A la próxima no lo cuentas. Fui junto a ella.

Dominique miró una puerta que había a la derecha.

—Tengo prisa, nena.

Ella abrió aquella puerta y la empujé al interior.

Nos encontramos en una espaciosa sala muy bien decorada, con muebles caros, pero todos los objetos que había allí eran de procedencia oriental.

Sin embargo, no vi ninguna persona.

—No me digas que el jefe se hizo invisible, dulzura… De pronto se oyó un zumbido.

Miré hacia arriba. Algo estaba bajando del techo, una especie de cristal o de pared de plástico.

No me fié.

—Nena, hay que salir de aquí ahora mismo.

Dominique trató de abrir la puerta por la que habíamos llegado.

—No se abre —dijo.

—Otro truco, ¿eh?

—Intenta abrirla tú.

La aparté a un lado y presioné el tirador. No, esta vez ella había dicho la verdad. La puerta no se podía abrir. Seguía oyendo aquel zumbido siniestro. La pared de cristal iba a dividir la habitación en dos sectores.

Dominique quiso echar a correr para pasar al otro lado, pero yo la atrapé.

—Quédate aquí, cariño.

Forcejeó conmigo, pero yo no la dejé libre.

La pared siguió bajando hasta que llegó al suelo. Entonces dejó de oírse el zumbido. Seguíamos solos en aquella habitación ahora dividida por un muro transparente.

Al otro lado se abrió una puerta y empezaron a entrar hombres. Conté cuatro. Uno era alto, con cara de alemán, otro moreno, con aspecto de latino, un suegro, otro tipo con una gran cabellera. Todos vestían con trajes de buen paño, y eran elegantes.

Se fueron sentando alrededor de una mesa.

Entonces entró el quinto hombre. Era un chino, aunque vestía como un occidental, robusto, de talla mediana.

Los cuatro que lo habían precedido saludaron con una

reverencia. El chino se sentó en el centro de la mesa, me miró sonriente y dijo:

—Bienvenido a la sesión plenaria de «Supermundo», señor Temple.

Capítulo XV

El chinito esbozó una sonrisa, y se pasó la lengua por los labios como un gato antes de despachar el plato de leche.

—Le felicito, señor Temple. Es usted un hombre con muchas agallas.

—¿Cómo debo llamarlo, chino?

—Ling.

—No se me olvidará. Me gustan los nombres cortos.

—Lo celebro, aunque no va a tener mucho tiempo para conservarlo en la memoria.

—Eh, chino, esto es una pistola —dije.

—No puede hacer nada contra mí, ni contra los miembros de «Supermundo».

—Es una buena arma.

—Dispare, señor Temple. Apreté el gatillo.

Se produjo el estampido y la bala chocó contra el muro de plástico o de lo que fuese, salió rebotada y se clavó en la pared.

—Siga disparando —dijo Ling.

No me interesaba seguir disparando porque aquellas balas rechazadas podrían venir hacia mí. Había imaginado desde hacía tiempo que aquel muro sería insalvable para los proyectiles de mi pistola, pero quise probar.

—¿Está ya convencido, señor Temple? —rió el chino.

Dominique estaba a mi lado. La atraje hacia mí y le apoyé el cañón de la pistola en la sien.

—Ling, ella es mi prisionera.

—Enhorabuena.

—Si no me deja el paso libre, le vuelo la cabeza.

Hubo un silencio. Sentí que el corazón de Dominique latía muy

aprisa. El chino y sus cuatro compañeros de mesa estaban imperturbables.

—¿Qué espera, señor Temple? Mátela.

—¡No! —gritó Dominique.

—Apriete el gatillo, señor Temple —dijo Ling—. Ella ha cometido muchas torpezas en este asunto. Dejó que Ana Martin hablase. Consintió que usted investigase el caso. Debió impedir que ustedes se moviesen de Nueva York. Debió hacerlos desaparecer cuando llegaron a París… Son demasiados fallos.

Dejé colgar el brazo y Dominique dio un suspiro de alivio.

—¿Por qué no la mata, Temple? —preguntó el chino.

—Quizá porque ha caído en desgracia con ustedes.

—Es usted un estúpido sentimental, pero, de todas formas, Dominique no se va a salvar porque ya la condenamos a muerte.

—¡No, señor Ling! —gritó Dominique—. ¡No puede hacer eso conmigo!

—A callar.

—He trabajado para «Supermundo» desde que me enrolaron.

—Un fallo en «Supermundo», equivale a una traición.

—Oiga, Ling —intervine—, eso no es lo que hablamos ella y yo.

—¿Qué hablaron?

—Que yo iba a pertenecer a su organización. Le dije a Dominique que quería charlar con usted y es a lo que vine.

—¿Por qué?

—Yo prefería recibir instrucciones del supremo jefe. Soy un hombre que tiene la cabeza sobre los hombros. Las mujeres son caprichosas, ya lo sabe…

—Ha hecho una mala defensa de su causa, señor Temple.

—¿Por qué dice eso?

—Conozco muy bien a los tipos de su clase, señor Temple. Pelean hasta el fin por lo que ellos creen justo. Usted no es de los que se venden.

Sí, como él decía la sentencia era firme, una sentencia de muerte. Me saqué el naipe de la manga porque ya nada podía hacer. Las balas no habían podido nada contra aquel muro, debido a la materia conque estaba fabricado, pero quizá pudiesen con una cerradura.

Pegué un balazo a la cerradura y la puerta se abrió.

Dominique estaba más muerta de miedo que yo, pero ahora demostró que su instinto de conservación estaba muy adelantado. Abrió la puerta y salió al corredor.

Yo demostré que mi instinto de conservación era también bueno, y corrí detrás de ella.

Oí la vez rabiosa de Ling a mis espaldas.

—¡Que no se escape ninguno!

Dos tipos de cabeza rapada aparecieron por el fondo del corredor y los dos se pusieron a soltar plomo.

Entre ellos y yo se interpuso Dominique, y fue ella quien recibió las balas. Luego me llegó el turno y apreté el gatillo con alegría.

Los dos fulanos se vinieron abajo sin protestar.

La puerta del fondo había quedado abierta y corrí por allí, olvidándome del ascensor.

Un muchacho me estaba esperando con una metralleta, y me habría partido en dos si no me dejo caer en el suelo. De bruces, le receté los comprimidos y él, muy tontamente, los tragó por la boca.

Entre una pistola y una metralleta, la elección no es difícil.

Atrapé la metralleta y lo hice en un buen momento, porque dos calvos más aparecieron por una puerta a la izquierda.

No les di tiempo ni a enviarme un saludo. Solté un chorro de plomo hirviente y los calvos se pusieron a danzar en un estilo muy poco ortodoxo.

Luego salté por el hueco.

Los cinco miembros de «Supermundo» se pusieron a hacer cosas raras. La mayoría de ellos trataron de sacar pistolas.

Tal como estaban las cosas, procedí de la forma más ineducada, haciendo ladrar la metralleta.

Dos fulanos salieron volando por encima de la mesa y chocaron contra el muro de plástico. Ya eran pingajos.

Otros dos se doblaron sobre los sillones y, para ese entonces, ya estaban faltos de ojos, nariz y otros apéndices.

Me reservé para el final a Ling, porque fue el único que conservó la serenidad. Por algo era el supremo jefe. Se puso una mano sobre el pecho e hizo una reverencia.

—Es usted un gran enemigo.

De pronto se llevó la mano a la boca y tragó algo.

—¿Qué ha hecho, Ling?

—Vuelvo al Cosmos.

—¿Quiere decir que se ha envenenado?

—Sí. Otra vez me convertiré en átomos que viajarán por el espacio. Todo es divisible, pero todo se vuelve a juntar… Volveré, señor Temple. Téngalo por seguro que volveré. El mundo y yo tendremos una nueva cita.

Se derrumbó, chocó contra el brazo del sillón y cayó definitivamente en el suelo, boca arriba.

Había un teléfono sobre la mesa, y me puse a componer el número del Deuxiéme Bureau.

* * *

Los muchachos del Deuxiéme Bureau tenían trabajo aquella noche. La casa de modas era una de las tapaderas de la organización.

Sin embargo, se podía decir que «Supermundo» había entrado en el período de liquidación a falta de sus socios.

El comandante Ferniot jefe de la investigación Estratégica, sección del Servicio de Contraespionaje francés, un simpático hombre; estaba sentado al otro lado de la mesa y Ana y yo nos encontrábamos frente a él.

Ferniot dijo:

—Iban a matar al general durante la inauguración de un hospital en Claremont… Gracias a ustedes, eso no ocurrirá… Siento mucho que un miembro de nuestro propio servicio estuviese mezclado. Pero no es preciso que eso se cite y sé que puedo contar con la discreción de ustedes.

—Sí, comandante —dije—. Y ahora, si no nos necesita, Ana y yo quisiéramos darnos una vuelta por París antes de tomar el avión.

Sonó el teléfono y Ferniot, después de escuchar un momento, dijo:

—Para usted, señor Temple —sacudió un dedo en su oído y agregó mientras me alargaba el receptor—: Ese hombre parece muy enfadado.

Supe quién era y grité por el micro:

—¡No ladre, señor Strassman!

—Eh, señor Temple, ¿dónde está Ana?

—Conmigo, sana y salva.

—¿Cuándo la traerá?

—En seguida, señor Strassman, pero no puedo enviársela por medio de un cohete. Colgué, y Ana y yo nos despedimos del comandante Ferniot.

Ya fuera del despacho, en el corredor, Ana me obligó a detenerme.

—Jonathan, se me ha ocurrido algo para que no vuelva al colegio.

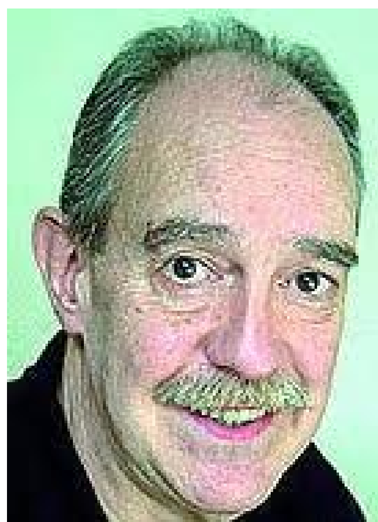
—¿Qué cosa?

—Casarme contigo.

Se puso de puntillas, me besó en los labios y echó a andar por el corredor. Yo no pude seguirla porque estaba como si me hubiesen clavado al suelo.

Solté una maldición porque aquella chica llamada Ana era un ciclón, y si a ella se le había metido en la cabeza casarse conmigo, ¿quién demonios lo iba a impedir?

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).